



Mary Shelley
Mathilda



E LEJANDRIA



Mary Shelley

Mathilda



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

MATHILDA

MARY SHELLEY

PUBLICADO: 1959

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PRESS CHAPEL HILL

MATHILDA

INTRODUCCIÓN

De todas las novelas e historias que Mary Wollstonecraft Shelley dejó manuscritas, solo una novela corta, *Mathilda*, está completa. Existe tanto en borrador como en copia final. En esta historia, como en toda la escritura de Mary Shelley, hay mucho de autobiográfico: sería difícil encontrar una obra más reveladora de su propia persona. Para comprender el carácter de Mary, especialmente tal como ella se veía a sí misma, y su actitud hacia Shelley y hacia Godwin en 1819, este relato es un documento importante. Aunque la narrativa principal — la del amor incestuoso de un padre por su hija, su suicidio y el consiguiente retiro de Mathilda de la sociedad a un páramo solitario — no es autobiográfica en ningún sentido real, muchos elementos en ella están extraídos de la realidad. Los tres personajes principales son claramente la propia Mary, Godwin y Shelley, y sus relaciones pueden reorganizarse fácilmente para corresponder con la realidad.

Por muy personal que fuera la historia, Mary Shelley esperaba que se publicara, creyendo evidentemente que los personajes y las situaciones estaban suficientemente disfrazados. En mayo de 1820 la envió a Inglaterra a través de sus amigos, los Gisborne, con la petición de que su padre gestionara su publicación. Pero *Mathilda*,

junto con su borrador titulado *The Fields of Fancy* (Los Campos de la Fantasía), permaneció inédita entre los papeles de Shelley. Aunque las referencias de Mary a ella en sus cartas y diario despertaron cierta curiosidad entre los estudiosos, también permaneció sin examinar hasta hace relativamente poco tiempo.

Este aparente descuido se debió en parte a las circunstancias que rodearon la distribución de los papeles familiares tras las muertes de Sir Percy y Lady Shelley. Una parte de ellos fue a la Biblioteca Bodleiana para convertirse en una colección reservada que, según los términos del testamento de Lady Shelley, se abrió a los estudiosos solo bajo restricciones definidas. Otra parte fue a la sobrina de Lady Shelley y, a su vez, a sus herederos, quienes durante un tiempo no pusieron los manuscritos a disposición para su estudio. Una tercera parte fue a Sir John Shelley-Rolls, el sobrino nieto del poeta, quien liberó mucho material importante de Shelley, pero no todos los manuscritos dispersos. En esta división, los dos cuadernos que contenían el borrador final de *Mathilda* y una parte de *The Fields of Fancy* fueron a Lord Abinger, el cuaderno que contenía el resto del borrador a la Biblioteca Bodleiana, y algunas hojas sueltas que contenían adiciones y revisiones a Sir John Shelley-Rolls. Afortunadamente, todos los manuscritos son ahora accesibles para los estudiosos, y es posible publicar el texto completo de *Mathilda* con aquellas adiciones de *The Fields of Fancy* que son significativas.

Los tres cuadernos son similares en formato. Uno de los cuadernos de Lord Abinger contiene la primera parte de *The Fields of Fancy*, desde el Capítulo 1 hasta el comienzo del Capítulo 10, 116 páginas. La parte final ocupa las primeras cincuenta y cuatro páginas del cuaderno de la Bodleiana. Hay luego una página en blanco, seguida de tres páginas y media, tachadas, de lo que parece ser una variante del final del Capítulo 1 y el comienzo del Capítulo 2. Sigue una versión revisada y ampliada de la primera parte de la narrativa de Mathilda (Capítulo 2 y el comienzo del Capítulo 3), con una pausa entre el relato de su niñez en Escocia y la breve descripción de su padre tras su regreso. Finalmente, hay cuatro páginas de una nueva

apertura, que se utilizó en *Mathilda*. Este es un borrador extremadamente tosco: la puntuación se limita en gran medida al guion, y hay muchas correcciones y alteraciones. Los fragmentos de Shelley-Rolls, veinticinco hojas o tiras de papel, generalmente representan adiciones o revisiones de *The Fields of Fancy*: muchas de ellas están numeradas, y algunas están vinculadas al manuscrito en el cuaderno de Lord Abinger. La mayoría de los cambios se incorporaron en *Mathilda*.

El segundo cuaderno de Abinger contiene el borrador completo y final de *Mathilda*, 226 páginas. Es en su mayor parte una copia en limpio. El texto está puntuado y hay relativamente pocas correcciones, la mayoría de ellas, aparentemente el resultado de una relectura final, hechas para evitar la repetición de palabras. Algunas adiciones están escritas en los márgenes. En varias páginas, tiras de papel que contienen revisiones evidentes (muy posiblemente originarias de los fragmentos de Shelley-Rolls) han sido pegadas sobre las líneas correspondientes del texto. Un pasaje ocasional está tachado y algunas palabras y frases están cruzadas para dar paso a una revisión. Después de la página 216, cuatro hojas que contienen la conclusión de la historia están cortadas del cuaderno. Aparecen, las páginas numeradas de la 217 a la 223, entre los fragmentos de Shelley-Rolls. Una versión revisada, páginas 217 a 226, sigue al corte.

El modo de contar la historia en el borrador final difiere radicalmente del borrador inicial. En *The Fields of Fancy*, la historia de Mathilda se sitúa en un marco fantasioso. La autora es transportada por el hada Fantasía a los Campos Elíseos, donde escucha el discurso de Diotima y conoce a Mathilda. Mathilda cuenta su historia, que se cierra con su muerte. En el borrador final, este marco poco realista y en gran medida irrelevante se descarta: Mathilda, cuya muerte se acerca, escribe para su amigo Woodville los detalles completos de su trágica historia que nunca tuvo el valor de contarle en persona.

El título del borrador, *The Fields of Fancy*, y el escenario y marco indudablemente provienen del cuento inacabado de Mary Wollstonecraft, *The Cave of Fancy* (La Cueva de la Fantasía), en el cual una de las almas confinadas en el centro de la tierra para purificarse de la escoria de su existencia terrenal cuenta a Sagesta (que puede compararse con Diotima) la historia de su amor desgraciado por un hombre con quien espera reunirse después de que se complete su purgación. Mary estaba completamente familiarizada con las obras de su madre. Este título fue, por supuesto, abandonado cuando se abandonó el marco, y se sustituyó por el nombre de la heroína. Aunque vale la pena notar que Mary eligió un nombre con la misma letra inicial que el suyo, probablemente fue tomado de Dante. Hay varias referencias en la historia a los cantos del *Purgatorio* en los que aparece Matelda. El padre de Mathilda nunca es nombrado, ni se da el apellido de Mathilda. El nombre del poeta pasó por varios cambios: Welford, Lovel, Herbert y finalmente Woodville.

La evidencia para fechar *Mathilda* a finales del verano y otoño de 1819 proviene en parte del manuscrito, en parte del diario de Mary. En las páginas que siguen a las porciones de *The Fields of Fancy* en el cuaderno de la Bodleiana hay algunos borradores de verso y prosa de Shelley, incluyendo partes de *Prometheus Unbound* y de *Epipsychidion*, ambos en italiano, y del prefacio a este último en inglés, algunos fragmentos en prosa, y porciones extensas de la *Defensa de la Poesía*. Escritos desde el otro extremo del libro están la *Oda a Nápoles* y *La Bruja del Atlas*. Dado que todos estos pertenecen a los años 1819, 1820 y 1821, es probable que Mary terminara su borrador en algún momento de 1819, y que cuando hubo copiado su historia, Shelley se hiciera cargo del cuaderno. El Capítulo 1 de *Mathilda* en el cuaderno de Lord Abinger está encabezado: «Florenia, 9 de noviembre de 1819». Dado que toda la historia de Mathilda tiene lugar en Inglaterra y Escocia, la fecha debe ser la del manuscrito. Mary estaba en Florenia en ese momento.

Estas fechas están respaldadas por entradas en el diario de Mary que indican que comenzó a escribir *Mathilda* a principios de agosto, mientras los Shelley vivían en la Villa Valosano, cerca de Livorno. El 4 de agosto de 1819, tras un intervalo de dos meses desde la muerte de su hijo pequeño, reanudó su diario. Casi todos los días a partir de entonces, durante un mes, registró «Escribir», y para el 4 de septiembre, decía «Copiar». El 12 de septiembre escribió: «Terminar de copiar mi Cuento». La siguiente entrada que indica actividad literaria es la palabra única, «escribir», el 8 de noviembre. El día 12 nació Percy Florence, y Mary no escribió más hasta marzo, cuando estaba trabajando en *Valperga*. Es probable, por lo tanto, que Mary escribiera y copiara *Mathilda* entre el 5 de agosto y el 12 de septiembre de 1819, que hiciera alguna revisión el 8 de noviembre y finalmente fechara el manuscrito el 9 de noviembre.

La historia posterior del manuscrito está registrada en cartas y diarios. Cuando los Gisborne fueron a Inglaterra el 2 de mayo de 1820, se llevaron *Mathilda* con ellos; la leyeron en el viaje y registraron su admiración por ella en su diario. Debían mostrársela a Godwin y obtener su consejo sobre su publicación. Aunque Medwin oyó hablar de la historia cuando estaba con los Shelley en 1820 y Mary la leyó —quizás del borrador— a Edward y Jane Williams en el verano de 1821, este manuscrito aparentemente permaneció en manos de Godwin. Evidentemente, él no compartía el entusiasmo de los Gisborne: su aprobación fue cualificada. Pensaba muy bien de ciertas partes, menos de otras; y consideraba el tema como «repugnante y detestable», diciendo que la historia necesitaría un prefacio para evitar que los lectores «fueran atormentados por la aprensión... de la caída de la heroína», es decir, si alguna vez se publicaba. No hay, sin embargo, registro de que él haya hecho ningún intento de llevarla a la imprenta. Desde el 18 de enero hasta el 2 de junio de 1822, Mary pidió repetidamente a la Sra. Gisborne que recuperara el manuscrito y lo hiciera copiar para ella, y la Sra. Gisborne invariablemente informó de su fracaso en hacerlo. Las últimas referencias a la historia son después de la muerte de Shelley en una entrada de diario inédita y dos de las cartas de Mary. En su

diario del 27 de octubre de 1822, habló del consuelo para su miseria que una vez había encontrado al escribir *Mathilda*. En una carta a la Sra. Gisborne comparó el viaje de ella y Jane a Pisa y Livorno para obtener noticias de Shelley y Williams con el de Mathilda en busca de su padre, «conduciendo (como Mathilda), hacia el *mar* para saber si estábamos para siempre condenadas a la miseria». Y el 6 de mayo de 1823, escribió: «Mathilda predice incluso muchas pequeñas circunstancias con la mayor verdad, y todo ello es un monumento de lo que ahora es».

Estos hechos no solo fechan el manuscrito sino que también muestran el sentimiento de implicación personal de Mary en la historia. En los eventos de 1818-1819 es posible encontrar la base para este cuento mórbido y, en consecuencia, evaluar su importancia biográfica.

El 24 de septiembre de 1818, la hija de los Shelley, Clara Everina, de apenas un año, murió en Venecia. Mary y sus hijos habían ido de Bagni di Lucca a Este para reunirse con Shelley en la villa de Byron. Clara no estaba bien cuando partieron, y empeoró en el viaje. Desde Este, Shelley y Mary la llevaron a Venecia para consultar a un médico, un viaje que estuvo plagado de retrasos y dificultades. Murió casi tan pronto como llegaron. Según Newman Ivey White, Mary, en la agonía irracional de su dolor, culpó a Shelley por la muerte de la niña y durante un tiempo sintió hacia él un antagonismo físico extremo que disminuyó hacia la apatía y la alienación espiritual. Los estados de ánimo sombríos de Mary la hacían difícil para la convivencia, y el propio Shelley cayó en un profundo abatimiento. Expresó su sentido de su distanciamiento en algunas de las líricas de 1818, «todos mis poemas más tristes». En un fragmento de verso, por ejemplo, lamentó que Mary lo hubiera dejado «solo en este mundo lúgubre».

Tu forma está aquí, en verdad, una forma encantadora,
Pero tú has huido, bajado por el camino lúgubre,
Que conduce a la morada más oscura del Dolor.

Te sientas en el hogar de la pálida desesperación,

Donde

Por tu propio bien no puedo seguirte.

El profesor White creía que Shelley registró este distanciamiento solo «en términos velados» en *Julian y Maddalo* o en poemas que no mostró a Mary, y que Mary lo reconoció solo después de la muerte de Shelley, en su poema «La Elección» y en sus notas editoriales sobre los poemas de él de ese año. Pero esta historia inédita, escrita después de la muerte de su otro hijo, William, ciertamente contiene, aunque también en términos velados, el reconocimiento inmediato y el remordimiento de Mary. Mary sabía bien, creo, lo que le estaba haciendo a Shelley. En un esfuerzo por purgar sus propias emociones y reconocer su falta, vertió en las páginas de *Mathilda* el sufrimiento y la soledad, la amargura y la auto-recriminación de los meses pasados.

Los elementos biográficos son claros: Mathilda es ciertamente la propia Mary; el padre de Mathilda es Godwin; Woodville es un Shelley idealizado.

Como Mathilda, Mary era una mujer de fuertes pasiones y afectos que a menudo ocultaba al mundo bajo una apariencia plácida. Al igual que la de Mathilda, la madre de Mary había muerto pocos días después de darle a luz. Como Mathilda, pasó parte de su niñez en Escocia. Como Mathilda, conoció y amó a un poeta de «excesiva belleza», y —también como Mathilda— en ese triste año lo había tratado mal, habiéndose vuelto «quisquillosa e irrazonable» en su dolor. La soledad, el dolor y el remordimiento de Mathilda pueden compararse con el diario posterior de Mary y con «La Elección». Esta historia fue la vía de escape para sus emociones en 1819.

Woodville, el poeta, es virtualmente perfecto, «glorioso desde su juventud», como «un ángel con pies alados»: todo belleza, todo bondad, todo gentileza. También es exitoso como poeta, siendo su poema escrito a la edad de veintitrés años aclamado universalmente. Teniendo en cuenta la exageración y los deseos de Mary,

reconocemos fácilmente a Shelley: Woodville tiene sus ideales poéticos, el encanto de su conversación, sus altas cualidades morales, su sentido de dedicación y responsabilidad hacia aquellos a quienes amaba y hacia toda la humanidad. Es el primer retrato que Mary hace de su marido, dibujado en un año en el que ella regresaba lentamente a él desde «el hogar de la pálida desesperación».

Las circunstancias tempranas y la educación de Godwin y del padre de Mathilda eran diferentes. Pero produjeron hombres similares, cada uno extravagante, generoso, vanidoso, dogmático. Hay más de Godwin en este cuento que el relato de un gran hombre arruinado por el carácter y las circunstancias. La relación entre padre e hija, antes de ser destruida por la pasión antinatural del padre, es como la de Godwin y Mary. Ella misma llamó a su amor por él «excesivo y romántico». Bien podría haber estado registrando, en el dolor de Mathilda por su alienación de su padre y su pérdida por muerte, su propio dolor por una separación espiritual de Godwin a través de lo que solo podía parecerle su cruel falta de simpatía. Él la había acusado de ser cobarde e insincera en su dolor por la muerte de Clara y más tarde menospreció su pérdida de William. También había llamado a Shelley «una persona desgraciada y flagrante» debido a la negativa de Shelley de enviarle más dinero. No es de extrañar que Mary sintiera que, como Mathilda, había perdido a un padre amado pero cruel.

Así, Mary asumió toda la culpa de la ruptura con Shelley y transfirió la alienación física a la quiebra de la simpatía con Godwin. Que convirtiera estos hechos en una historia de incesto se debe indudablemente al interés que ella y Shelley sentían por el tema en ese momento. Lo consideraban un tema dramático y efectivo. En agosto de 1819 Shelley completó *Los Cenci*. Durante su progreso había hablado con Mary sobre la disposición de las escenas; incluso había sugerido al principio que ella escribiera la tragedia. Y aproximadamente un año antes él le había estado instando a traducir *Myrrha* de Alfieri. Thomas Medwin, de hecho, pensó que la historia que ella estaba escribiendo en 1819 estaba basada

específicamente en *Myrrha*. Que ella estaba pensando en esa tragedia mientras escribía *Mathilda* es evidente por su uso efectivo de ella en una de las crisis del relato. Y quizás estaba recordando su propio manejo del tema cuando escribió el bosquejo biográfico de Alfieri para la *Cabinet Cyclopaedia* de Lardner casi veinte años después. Entonces habló de las dificultades inherentes a tal tema, «la desigualdad de edad sumándose al incesto antinatural. Para arrojar algún interés sobre tal apego, el dramaturgo debería adornar al padre con tales atributos juveniles que no fueran de ninguna manera contrarios a la probabilidad». Esto se esforzó por hacer en *Mathilda* (ayudada de hecho por el hecho de que la situación era la inversa de la de *Myrrha*). El padre de Mathilda era joven: se casó antes de tener veinte años. Cuando regresó a Mathilda, todavía mostraba «el ardor y la frescura de sentimiento propios de la juventud». Vivía en el pasado y veía a su esposa muerta reencarnada en su hija. Así, Mary intenta validar la situación y hacerla «de ninguna manera contraria a la probabilidad».

Mathilda ofrece un buen ejemplo de los métodos de revisión de Mary Shelley. Un estudio del manuscrito muestra que era una trabajadora cuidadosa, y que al pulir esta extraña historia se esforzó consistentemente por una mayor credibilidad y realismo, una presentación más dramática (aunque a veces melodramática) de los eventos, mejor motivación, concisión y exclusión de pasajes recargados. En la revisión y reescritura, se hicieron muchas adiciones, por lo que *Mathilda* es apreciablemente más larga que *The Fields of Fancy*. Pero las adiciones son generalmente mejoras: un relato mucho más completo del padre y la madre de Mathilda y de su matrimonio, que hace de ellos algo más que figuras decorativas y en gran medida explica la tragedia; el desarrollo del carácter del mayordomo, al principio simplemente el sirviente que acompaña a Mathilda en la búsqueda de su padre, en el confidente comprensivo cuyas respuestas ayudan a dramatizar la situación; una palabra añadida o una frase corta que marca la penetración de Mary Shelley en los motivos y acciones tanto de Mathilda como de su padre. Por lo tanto, *Mathilda* no impresiona al lector como más larga

que *The Fields of Fancy* porque sostiene mejor su interés. Y con todas las adiciones hay también omisiones efectivas de lo obvio, de lo tautológico, de lo artificialmente elaborado.

El borrador terminado, *Mathilda*, todavía muestra los defectos de Mary Shelley como escritora: verbosidad, trama floja, caracterización algo estereotipada y extravagante. El lector debe ser tolerante con los lamentos abrumadores de su heroína. Pero ella está, después de todo, en la gran tradición de las heroínas románticas: compara su propio llanto con el de la Ghismonda de Boccaccio sobre el corazón de Guiscardo. Si el lector puede aceptar a Mathilda bajo sus propios términos, encontrará no solo interés biográfico en su historia sino también méritos intrínsecos: un sentimiento por el carácter, la situación y el fraseo que es a menudo vigoroso y preciso.

CAPÍTULO I

Florenca, 9 de noviembre de 1819.

Son solo las cuatro, pero es invierno y el sol ya se ha puesto: no hay nubes en el cielo claro y helado para reflejar sus rayos oblicuos, pero el aire mismo está teñido de un ligero color rosáceo que se refleja nuevamente en la nieve que cubre el suelo. Vivo en una cabaña solitaria en un páramo ancho y solitario: ninguna voz de vida me llega. Veo la llanura desolada cubierta de blanco, salvo unas pocas manchas negras que el sol del mediodía ha hecho en la cima de esos montículos puntiagudos desde los cuales la nieve, deslizándose al caer, yace más delgada que en el suelo llano: algunos pájaros picotean el hielo duro que cubre los estanques, pues la helada ha sido de larga duración.

Estoy en un extraño estado mental. Estoy sola —completamente sola— en el mundo; la plaga de la desgracia ha pasado sobre mí y me ha marchitado; sé que estoy a punto de morir y me siento feliz, gozosa. Siento mi pulso; late rápido: coloco mi mano delgada sobre mi mejilla; arde: hay un espíritu ligero y rápido dentro de mí que ahora emite sus últimas chispas. Nunca veré las nieves de otro invierno; creo que nunca volveré a sentir el calor vivificante de otro sol de verano; y es con esta persuasión que comienzo a escribir mi trágica historia. Quizás una historia como la mía debería morir conmigo, pero un sentimiento que no puedo definir me impulsa y estoy demasiado débil tanto de cuerpo como de mente para resistir el más mínimo impulso. Mientras la vida era fuerte dentro de mí pensaba de hecho que había un horror sagrado en mi cuento que lo

hacía inadecuado para ser pronunciado, y ahora a punto de morir profano sus terrores místicos. Es como el bosque de las Euménides donde nadie más que los moribundos puede entrar; y Edipo está a punto de morir.

¿Qué estoy escribiendo? Debo ordenar mis pensamientos. No sé si alguien leerá estas páginas excepto tú, mi amigo, que las recibirás a mi muerte. No las dirijo solo a ti porque me dará placer detenerme en nuestra amistad de una manera que sería innecesaria si solo tú leyeras lo que escribiré. Relataré mi cuento, por lo tanto, como si escribiera para extraños. A menudo me has preguntado la causa de mi vida solitaria; mis lágrimas; y sobre todo de mi impenetrable y poco amable silencio. En vida no me atreví; en la muerte desvelo el misterio. Otros hojearán estas páginas con ligereza: para ti, Woodville, amigo amable y afectuoso, serán queridas; los preciosos recuerdos de una chica con el corazón roto que, al morir, todavía se siente reconfortada por la gratitud hacia ti: tus lágrimas caerán sobre las palabras que registran mis desgracias; sé que lo harán, y mientras tenga vida te agradezco tu simpatía.

Pero basta de esto. Comenzaré mi relato: es mi última tarea, y espero tener fuerza suficiente para cumplirla. No registro crímenes; mis faltas pueden ser perdonadas fácilmente, pues no procedieron de un motivo malvado sino de falta de juicio; y creo que pocos dirían que podrían, con una conducta diferente y una sabiduría superior, haber evitado las desgracias de las que soy víctima. Mi destino ha sido gobernado por la necesidad, una necesidad horrible. Requería manos más fuertes que las mías; más fuertes, creo, que cualquier fuerza humana para romper la gruesa cadena adamantina que me ha atado, a mí que una vez no respiraba más que alegría, siempre poseída por un cálido amor y deleite en la bondad, a una miseria que solo puede terminar, y ahora está a punto de terminar, en la muerte. Pero me olvido de mí misma, mi historia aún no está contada. Haré una pausa de unos momentos, me secaré los ojos empañados y trataré de perder la oscura pero pesada sensación actual de infelicidad en las emociones más agudas del pasado.

Nací en Inglaterra. Mi padre era un hombre de rango: había perdido a su padre temprano, y fue educado por una madre débil con toda la indulgencia que ella creía debida a un noble adinerado. Fue enviado a Eton y después a la universidad; y se le permitió desde la niñez el uso libre de grandes sumas de dinero; disfrutando así desde su más temprana juventud de la independencia que un niño con estas ventajas siempre adquiere en una escuela pública.

Bajo la influencia de estas circunstancias, sus pasiones encontraron un suelo profundo donde podían echar sus raíces y florecer, ya fuera como flores o malas hierbas, según fuera su naturaleza. Al permitírsele siempre actuar por sí mismo, su carácter se marcó fuerte y tempranamente y exhibió una superficie variada en la que un observador perspicaz podría ver las semillas de virtudes y de desgracias. Su descuidada extravagancia, que le hacía derrochar inmensas sumas de dinero para satisfacer caprichos pasajeros, que por su aparente energía él dignificaba con el nombre de pasiones, a menudo se manifestaba en una generosidad ilimitada. Sin embargo, mientras se ocupaba seriamente de las necesidades de los demás, sus propios deseos eran gratificados en su máxima extensión. Daba su dinero, pero ninguno de sus propios deseos era sacrificado a sus regalos; daba su tiempo, que no valoraba, y sus afectos, que estaba feliz de poner en acción de cualquier manera.

No digo que si sus propios deseos hubieran entrado en competencia con los de otros hubiera mostrado un egoísmo indebido, pero esta prueba nunca se hizo. Fue criado en la prosperidad y atendido por todas sus ventajas; todos lo amaban y deseaban complacerlo. Siempre estaba empleado en promover los placeres de sus compañeros —pero los placeres de ellos eran los suyos; y si prestaba más atención a los sentimientos de los demás de lo que es habitual en los escolares era porque su temperamento social nunca podía disfrutar si cada frente no estaba tan libre de preocupaciones como la suya.

Mientras estaba en la escuela, la emulación y sus propias habilidades naturales le hicieron ocupar un rango conspicuo en las clases entre sus iguales; en la universidad descartó los libros; creía que tenía otras lecciones que aprender que las que ellos podían enseñarle. Ahora iba a entrar en la vida y todavía era lo suficientemente joven para considerar el estudio como un grillete escolar, empleado meramente para mantener a los rebeldes fuera de problemas, pero sin conexión real con la vida —cuya sabiduría de montar a caballo, jugar, etc., consideraba con mucho más profundo interés—. Así que entró rápidamente en todas las locuras universitarias, aunque su corazón estaba demasiado bien moldeado para ser contaminado por ellas; podría ser ligero pero nunca fue frío. Era un amigo sincero y comprensivo —pero no había encontrado a nadie que, superior o igual a él, pudiera ayudarlo a desplegar su mente, o hacerle buscar nuevas reservas de pensamiento agotando las viejas. Se sentía superior en rapidez de juicio a los que lo rodeaban: sus talentos, su rango y riqueza lo convertían en el jefe de su grupo, y en esa posición descansaba no solo contento sino gloriándose, concibiéndola como la única ambición digna de aspirar en el mundo.

Por una extraña estrechez de ideas, veía todo el mundo en conexión solo en la medida en que estaba o no relacionado con su pequeña sociedad. Consideraba extrañas y pasadas de moda todas las opiniones que eran rechazadas por su círculo de íntimos, y se volvió al mismo tiempo dogmático y, sin embargo, temeroso de no coincidir con los únicos sentimientos que podía considerar ortodoxos. Para la generalidad de los espectadores parecía despreocupado por la censura, y con alto desdén dejaba de lado toda dependencia de los prejuicios públicos; pero al mismo tiempo que caminaba con paso triunfante sobre el resto del mundo, se encogía, con humildad autodisfrazada, ante su propio grupo, y aunque era su jefe, nunca se atrevía a expresar una opinión o un sentimiento hasta que estaba seguro de que se encontraría con la aprobación de sus compañeros.

Sin embargo, tenía un secreto oculto a estos queridos amigos; un secreto que había alimentado desde sus primeros años, y aunque

amaba a sus colegas universitarios, no lo confiaría a la delicadeza o simpatía de ninguno de ellos. Amaba. Temía que la intensidad de su pasión pudiera convertirse en el tema de su ridículo; y no podía soportar que blasfemaran contra ella considerando trivial y transitorio lo que él sentía que era la vida de su vida.

Había un caballero de pequeña fortuna que vivía cerca de su mansión familiar y que tenía tres hijas encantadoras. La mayor era, con mucho, la más hermosa, pero su belleza era solo una adición a sus otras cualidades: su entendimiento era claro y fuerte y su disposición angelicalmente gentil. Ella y mi padre habían sido compañeros de juegos desde la infancia: Diana, incluso en su niñez, había sido una favorita de su madre; esta parcialidad aumentó con los años de esta hermosa y vivaz muchacha y así, durante sus vacaciones escolares y universitarias, estaban perpetuamente juntos. Las novelas y todos los diversos métodos por los cuales la juventud en la vida civilizada es llevada al conocimiento de la existencia de pasiones antes de sentir las realmente, habían producido un fuerte efecto en él, que era tan peculiarmente susceptible a cada impresión. A los once años de edad Diana era su compañera de juegos favorita, pero él ya hablaba el lenguaje del amor. Aunque ella era mayor que él por casi dos años, la naturaleza de su educación la hacía más infantil, al menos en el conocimiento y expresión de sentimientos; recibía sus cálidas protestas con inocencia, y las devolvía sin saber lo que significaban. No había leído novelas y se asociaba solo con sus hermanas menores, ¿qué podía saber ella de la diferencia entre amor y amistad? Y cuando el desarrollo de su entendimiento le reveló la verdadera naturaleza de este trato, sus afectos ya estaban comprometidos con su amigo, y todo lo que temía era que otras atracciones y la inconstancia pudieran hacerle romper sus votos infantiles.

Pero se volvieron cada día más ardientes y tiernos. Era una pasión que había crecido con su crecimiento; se había entrelazado con cada facultad y cada sentimiento y solo se perdería con la vida. Nadie sabía de su amor excepto sus propios dos corazones; sin embargo, aunque en todo lo demás, e incluso en esto, temía la censura de sus

compañeros, pues amaba verdaderamente a alguien inferior a él en fortuna, nada fue capaz ni por un momento de sacudir su propósito de unirse a ella tan pronto como pudiera reunir el valor suficiente para enfrentar esas dificultades que estaba decidido a superar.

Diana era plenamente digna de su más profundo afecto. Había pocas que pudieran presumir de un corazón tan puro, y tanta humildad real de alma unida a una firme confianza en su propia integridad y una creencia en la de los demás. Había vivido desde su nacimiento una vida retirada. Había perdido a su madre siendo muy joven, pero su padre se había dedicado al cuidado de su educación. Él tenía muchas ideas peculiares que influyeron en el sistema que había adoptado con respecto a ella. Ella estaba bien familiarizada con los héroes de Grecia y Roma o con los de Inglaterra que habían vivido hace algunos cientos de años, mientras que era casi ignorante de los eventos actuales del día: había leído pocos autores que hubieran escrito durante al menos los últimos cincuenta años, pero su lectura, con esta excepción, era muy extensa. Así, aunque parecía estar menos iniciada en los misterios de la vida y la sociedad que él, su conocimiento era de un tipo más profundo y se asentaba sobre cimientos más firmes; y si incluso su belleza y dulzura no lo hubieran fascinado, su entendimiento habría mantenido siempre el suyo cautivo. Él la miraba como su guía, y tal era su adoración que se deleitaba en aumentar en su propia mente el sentido de inferioridad con el que ella a veces lo impresionaba.

Cuando tenía diecinueve años, su madre murió. Dejó la universidad tras este suceso y, sacudiéndose por un tiempo a sus viejos amigos, se retiró a la vecindad de su Diana y recibió todo su consuelo de su dulce voz y sus caricias más queridas. Esta corta separación de sus compañeros le dio valor para afirmar su independencia. Tenía la sensación de que, por mucho que pudieran expresar ridículo sobre su matrimonio previsto, no se atreverían a mostrarlo cuando hubiera tenido lugar; por lo tanto, buscando el consentimiento de su tutor, que obtuvo con cierta dificultad, y del padre de su amada, que fue dado más fácilmente, sin informar a

nadie más de su intención, para cuando cumplió veinte años se había convertido en el esposo de Diana.

La amaba con pasión y su ternura tenía un encanto para él que no le permitía pensar en nada más que en ella. Invitó a algunos de sus amigos de la universidad a verle, pero su frivolidad le disgustó. Diana había rasgado el velo que antes lo había mantenido en su niñez: se había convertido en un hombre y se sorprendía de cómo pudo alguna vez haberse unido a las palabras e ideas vacías de sus compañeros universitarios o cómo por un momento había temido la censura de gente como esa. Descartó sus viejas amistades no por inconstancia sino porque eran realmente indignas de él. Diana llenaba todo su corazón: sentía como si por su unión con ella hubiera recibido un alma nueva y mejor. Ella fue su monitora mientras él aprendía cuáles eran los verdaderos fines de la vida. Fue a través de sus amadas lecciones que se despojó de sus antiguas ocupaciones y gradualmente se formó para convertirse en uno entre sus semejantes; un miembro distinguido de la sociedad, un Patriota; y un amante ilustrado de la verdad y la virtud. —La amaba por su belleza y por su disposición amable, pero parecía amarla más por lo que consideraba su sabiduría superior. Estudiaban, cabalgaban juntos; nunca estaban separados y rara vez admitían a un tercero en su sociedad.

Así mi padre, nacido en la afluencia, y siempre próspero, trepó sin la dificultad y las diversas decepciones que todos los seres humanos parecen destinados a encontrar, hasta la misma cima de la felicidad: a su alrededor había sol, y nubes cuyas formas de belleza hacían el panorama divino le ocultaban la estéril realidad que yacía escondida debajo de ellas. Desde este punto vertiginoso fue arrojado de una vez mientras inadvertidamente se felicitaba por su felicidad. Quince meses después de su matrimonio nació yo, y mi madre murió pocos días después de mi nacimiento.

Una hermana de mi padre estaba con él en este período. Era casi quince años mayor que él, y era la descendencia de un matrimonio anterior de su padre. Cuando este último murió, esta hermana fue

acogida por sus parientes maternos: rara vez se habían visto y eran muy diferentes en disposición. Esta tía, a cuyo cuidado fui consignada después, me ha relatado a menudo el efecto que esta catástrofe tuvo en el carácter fuerte y susceptible de mi padre. Desde el momento de la muerte de mi madre hasta su partida, ella nunca le oyó pronunciar una sola palabra: enterrado en la más profunda melancolía, no prestaba atención a nadie; a menudo, durante horas, sus ojos derramaban lágrimas o una tristeza más temible lo dominaba. Todas las cosas externas parecían haber perdido su existencia en relación con él y solo una circunstancia podía en algún grado recordarle su desesperación inmóvil y muda: nunca quería verme. Parecía insensible a la presencia de cualquier otra persona, pero si, como prueba para despertar su sensibilidad, mi tía me traía a la habitación, él salía instantáneamente corriendo con cada síntoma de furia y distracción. Al final de un mes abandonó repentinamente su casa y, sin ser atendido por ningún sirviente, partió de esa parte del país sin informar a nadie de palabra o por escrito de sus intenciones. Mi tía solo se alivió de su ansiedad concerniente a su destino por una carta suya fechada en Hamburgo.

Cuántas veces he llorado sobre esa carta que hasta que tuve dieciséis años fue la única reliquia que tuve para recordarme a mis padres.

—Perdóname —decía— por la inquietud que inevitablemente te he dado: pero mientras estuve en esa isla infeliz, donde todo respira el espíritu de *ella*, a quien he perdido para siempre, un hechizo me retuvo. Se ha roto: he dejado Inglaterra por muchos años, tal vez para siempre. Pero para convencerte de que el sentimiento egoísta no me absorbe por completo, permaneceré en esta ciudad hasta que hayas hecho por carta todos los arreglos que juzgues necesarios. Cuando deje este lugar no esperes saber de mí: debo romper todos los lazos que existen actualmente. Me convertiré en un vagabundo, un miserable paria... ¡solo! ¡solo!

En otra parte de la carta me mencionaba:

—En cuanto a ese pequeño ser infeliz a quien no pude ver, y apenas me atrevo a mencionar, la dejo bajo tu protección. Cuídala y quiérela: un día puedo reclamarla de tus manos; pero el futuro es oscuro, haz que el presente sea feliz para ella.

Mi padre permaneció tres meses en Hamburgo; cuando lo dejó cambió su nombre, mi tía nunca pudo descubrir el que adoptó y solo por débiles indicios pudo conjeturar que había tomado el camino de Alemania y Hungría hacia Turquía.

Así, este espíritu imponente que había despertado interés y altas expectativas en todos los que lo conocían y podían valorarlo se extinguió de repente, por así decirlo. Existió desde este momento solo para sí mismo. Sus amigos lo recordaban como una visión brillante que nunca volvería a ellos. El recuerdo de lo que había sido se desvaneció a medida que pasaban los años; y él, que antes había sido como una parte de ellos mismos y de sus esperanzas, ya no se contaba entre los vivos.

CAPÍTULO II

Ahora llego a mi propia historia. Durante la primera parte de mi vida hay poco que relatar, y seré breve; pero se me debe permitir detenerme un poco en los años de mi niñez para que sea evidente cómo, cuando una esperanza falló, toda la vida iba a ser un vacío; y cómo, cuando el único afecto que se me permitió albergar fue destruido, mi existencia se extinguió con él.

He dicho que mi tía era muy diferente a mi padre. Creo que, sin el menor tinte de un mal corazón, tenía el más frío que jamás llenó un pecho humano: era totalmente incapaz de cualquier afecto. Me tomó bajo su protección porque lo consideraba su deber; pero había vivido demasiado tiempo sola y sin ser molestada por el ruido y el parloteo de los niños para permitir que yo perturbara su tranquilidad. Nunca se había casado; y durante los últimos cinco años había vivido perfectamente sola en una finca, que le había descendido a través de su madre, a orillas del Loch Lomond en Escocia. Mi padre había expresado el deseo en sus cartas de que ella residiera conmigo en su mansión familiar que estaba situada en un hermoso campo cerca de Richmond en Yorkshire. Ella no consintió en esta proposición, pero tan pronto como hubo arreglado los asuntos que la partida de su hermano había hecho recaer bajo su cuidado, dejó Inglaterra y me llevó con ella a su finca escocesa.

El cuidado de mí mientras era bebé, y después hasta que alcancé mi octavo año, recayó en una sirvienta de mi madre, que nos había acompañado en nuestro retiro con ese propósito. Me colocaron en una parte remota de la casa y solo veía a mi tía a horas establecidas.

Estas ocurrían dos veces al día; una vez alrededor del mediodía ella venía a mi guardería, y una vez después de su cena me llevaban a ella. Nunca me acariciaba, y parecía todo el tiempo que yo permanecía en la habitación temer que la molestara con algún capricho infantil. Mi buena niñera siempre me instruía con el mayor cuidado antes de aventurarse en el salón —y el temor que me inspiraban las miradas frías y las pocas palabras constreñidas de mi tía era tan grande que rara vez deshonré sus lecciones o fui traicionada fuera de la quietud ejemplar que se me enseñó a observar durante estas cortas visitas.

Bajo el cuidado de mi buena niñera corría libre por nuestro parque y los campos vecinos. Descendiente del amor más profundo, mostré desde mis primeros años la mayor sensibilidad de disposición. No puedo decir con qué pasión amaba todo, incluso los objetos inanimados que me rodeaban. Creo que tenía un apego individual a cada árbol de nuestro parque; cada animal que lo habitaba me conocía y yo los amaba. Sus muertes ocasionales llenaban mi corazón infantil de angustia. No puedo contar los pájaros que he salvado durante los largos y severos inviernos de ese clima; o las liebres y conejos que he defendido de los ataques de nuestros perros, o he cuidado cuando estaban heridos accidentalmente.

Cuando tenía siete años, mi niñera me dejó. Ahora olvido la causa de su partida, si es que alguna vez la supe. Regresó a Inglaterra, y las lágrimas amargas que derramó al partir fueron las últimas que vi fluir por amor a mí durante muchos años. Mi dolor fue terrible: no tenía ningún amigo más que ella en todo el mundo. Poco a poco me reconcilié con la soledad, pero nadie suplió su lugar en mis afectos. Vivía en un país desolado donde

...no había nadie para alabar

Y muy pocos para amar.

Es cierto que ahora veía un poco más a mi tía, pero ella era en todos los sentidos un ser asocial; y para una niña tímida era como una planta bajo una gruesa capa de hielo; me cortarían las manos al

intentar llegar a ella. Así que fui arrojada enteramente a mis propios recursos. El ministro vecino fue contratado para darme lecciones de lectura, escritura y francés, pero no tenía familia y sus modales, incluso conmigo, eran siempre perfectamente característicos de la profesión en el ejercicio de cuyas funciones brillaba principalmente, la de un maestro de escuela. A veces me esforzaba por formar amistades con las más atractivas de las chicas que habitaban el pueblo vecino; pero creo que nunca habría tenido éxito incluso si mi tía no hubiera interpuesto su autoridad para impedir todo trato entre el campesinado y yo; pues temía que adquiriera el acento y dialecto escocés; un poco de él tenía, aunque se tomaron grandes molestias para que mi lengua no deshonrara mi origen inglés.

A medida que crecía, mi libertad aumentaba con mis deseos, y mis vagabundeos se extendían desde nuestro parque al campo vecino. Nuestra casa estaba situada a orillas del lago y el césped llegaba hasta el borde del agua. Deambulaba entre el paisaje salvaje de este hermoso país y me convertí en una completa montañesa: pasaba horas en la empinada ladera de una montaña que colgaba sobre una cascada o remaba en un pequeño esquife a alguna de las islas. Vagaba para siempre por estas hermosas soledades, recogiendo flor tras flor

Ond' era pinta tutta la mia via

cantando como podía las melodías salvajes del país, u ocupada en agradables sueños despierta. Mi mayor placer era el disfrute de un cielo sereno en medio de estos bosques verdes: sin embargo, amaba todos los cambios de la Naturaleza; y la lluvia, y la tormenta, y las hermosas nubes del cielo traían sus deleites con ellas. Cuando era mecida por las olas del lago, mis espíritus se elevaban en triunfo como un jinete siente con orgullo los movimientos de su corcel bien alimentado.

Pero mis placeres surgían de la contemplación de la naturaleza solamente, no tenía compañero: mis cálidos afectos, al no encontrar retorno de ningún otro corazón humano, se veían obligados a desperdiciarse en objetos inanimados. A veces, de hecho, lloraba

cuando mi tía recibía mis caricias con frialdad repulsiva, y cuando miraba alrededor y no encontraba a nadie a quien amar; pero rápidamente secaba mis lágrimas. A medida que crecía, los libros suplieron en cierto grado el lugar del trato humano: la biblioteca de mi tía era muy pequeña; Shakespeare, Milton, Pope y Cowper eran los poetas extrañamente surtidos de su colección; y entre los autores en prosa, una traducción de Livio y la historia antigua de Rollin eran mis favoritos principales, aunque a medida que emergía de la niñez encontré otros muy interesantes que antes había descuidado por aburridos.

Cuando tenía doce años se le ocurrió a mi tía que debía aprender música; ella misma tocaba el arpa. Fue con gran vacilación que se persuadió a emprender mi instrucción; sin embargo, creyendo este logro una parte necesaria de mi educación, y sopesando los males de esta medida o de tener a alguien en la casa para instruirme, se sometió al inconveniente. Se envió a buscar un arpa para que mi forma de tocar no interfiriera con la suya, y comencé: me encontró una alumna dócil y, cuando hube conquistado los primeros rudimentos, muy apta. Había adquirido en mi arpa una compañera en los días de lluvia; un dulce calmante de mis sentimientos cuando algún accidente adverso los alteraba: a menudo me dirigía a ella como mi única amiga; podía verter en ella mis esperanzas y amores, e imaginaba que sus dulces acentos me respondían. Ahora he mencionado todos mis estudios.

Era un ser solitario, y desde mis años infantiles, desde que mi querida niñera me dejó, había sido una soñadora. Traía a la vida a Rosalind y Miranda y a la dama de Comus para que fueran mis compañeras, o en mi isla representaba sus papeles imaginándome en sus situaciones. Luego vagaba de las fantasías de otros y formaba afectos e intimidades con las creaciones aéreas de mi propio cerebro —pero aún aferrándome a la realidad daba un nombre a estas concepciones y las cuidaba con la esperanza de su realización—. Me aferraba al recuerdo de mis padres; a mi madre nunca la vería, estaba muerta: pero la idea de mi infeliz y errante padre era el ídolo de mi imaginación. Le otorgaba todos mis afectos;

había una miniatura suya que miraba continuamente; copiaba su última carta y la leía una y otra vez. A veces me hacía llorar; y en otras ocasiones repetía con transporte esas palabras: «Un día puedo reclamarla de tus manos». Iba a ser su consoladora, su compañera en los años posteriores. Mi visión favorita era que cuando creciera dejaría a mi tía, cuya frialdad adormecía mi conciencia, y disfrazada de chico buscaría a mi padre por el mundo. Mi imaginación colgaba de la escena del reconocimiento; su miniatura, que llevaría continuamente expuesta en mi pecho, sería el medio e imaginaba el momento en mi mente una y mil veces, variando perpetuamente las circunstancias. A veces sería en un desierto; en una ciudad populosa; en un baile; tal vez nos encontraríamos en un barco; y sus primeras palabras constantemente eran: «¡Hija mía, te amo!». ¡Qué momentos extáticos he pasado en estos sueños! Cuántas lágrimas he derramado; cuán a menudo he reído en voz alta.

Esta fue mi vida durante dieciséis años. A los catorce y quince a menudo pensaba que había llegado el momento de comenzar mi peregrinaje, que había engañado a mi propia mente creyendo que era mi deber imperioso: pero una renuencia a dejar a mi Tía; un remordimiento por el dolor que, no podía ocultarme a mí misma, le ocasionaría, me retuvo para siempre. A veces, cuando había planeado mi escape para la mañana siguiente, una palabra de más cariño de lo habitual de sus labios me hacía posponer mi resolución. Me reprochaba amargamente lo que llamaba una debilidad culpable; pero esta debilidad volvía sobre mí cada vez que se acercaba el momento crítico, y nunca encontré el valor para partir.

CAPÍTULO III

Fue en mi decimosexto cumpleaños cuando mi tía recibió una carta de mi padre. No puedo describir el tumulto de emociones que surgió dentro de mí al leerla. Estaba fechada en Londres; ¡había regresado! Solo pude aliviar mis transportes con lágrimas, lágrimas de alegría pura. Había regresado, y escribía para saber si mi tía iría a Londres o si él debía visitarla en Escocia. Cuán deliciosas fueron para mí las palabras de su carta que me concernían:

—No puedo decirte —decía— cuán ardientemente deseo ver a mi Mathilda. La considero como la criatura que formará la felicidad de mi vida futura: ella es todo lo que existe en la tierra que me interesa. Apenas puedo evitar apresurarme inmediatamente hacia vosotras, pero estoy necesariamente detenido una semana y escribo porque si venís aquí podré veros algo antes.

Leí estas palabras con ojos devoradores; las besé, lloré sobre ellas y exclamé:

—¡Me amará!

Mi tía no emprendería un viaje tan largo, y en quince días tuvimos otra carta de mi padre, estaba fechada en Edimburgo: escribía que estaría con nosotras en tres días.

—A medida que se acercaba —decía— su deseo de verme se volvía más y más ardiente, y sentía que el momento en que me estrechara por primera vez en sus brazos sería el más feliz de su vida.

¡Cuán molestos fueron estos tres días para mí! Todo sueño y apetito huyeron de mí; solo podía leer y releer su carta, y en la soledad de los bosques imaginar el momento de nuestro encuentro. En la víspera del tercer día me retiré temprano a mi habitación; no podía dormir, sino que paseé toda la noche por mi cuarto y, como se puede hacer en Escocia en pleno verano, observé el rastro carmesí del sol mientras casi bordeaba el horizonte norte. Al amanecer me apresuré a los bosques; las horas pasaron mientras me entregaba a sueños salvajes que daban alas a los pasos perezosos del tiempo, y engañaban mi ansiosa impaciencia. Se esperaba a mi padre al mediodía, pero cuando quise volver para encontrarme con él descubrí que me había perdido: parecía que en cada intento de encontrar el camino solo me involucraba más en las intrincadas espesuras de los bosques, y los árboles ocultaban todo rastro por el cual pudiera guiarme. Me impacienté, lloré; y me retorcí las manos, pero aun así no podía descubrir mi camino.

Pasaban de las dos cuando, por un giro repentino, me encontré cerca del lago, cerca de una cala donde estaba amarrado un pequeño esquife. No estaba lejos de nuestra casa y vi a mi padre y a mi tía caminando por el césped. Salté al bote y, bien acostumbrada a tales hazañas, lo empujé desde la orilla y ejercí toda mi fuerza para remar velozmente. Mientras llegaba, vestida de blanco, cubierta solo por mi manto de tartán, con el pelo ondeando sobre mis hombros, y cruzando a toda velocidad, mayor de la que se suponía que podía dar a mi bote, mi padre me ha dicho a menudo que parecía más un espíritu que una doncella humana. Me acerqué a la orilla, mi padre sostuvo el bote, salté ligeramente y en un momento estuve en sus brazos.

Y ahora comenzaba a vivir. Todo a mi alrededor cambió de una aburrida uniformidad a la escena más brillante de alegría y deleite. La felicidad que disfruté en compañía de mi padre superó con creces mis expectativas optimistas. Estábamos siempre juntos; y los temas de nuestras conversaciones eran inagotables. Había pasado los dieciséis años de ausencia entre naciones casi desconocidas para Europa; había vagado por Persia, Arabia y el norte de la India y

había penetrado entre las habitaciones de los nativos con una libertad permitida a pocos europeos. Sus relatos de sus costumbres, sus anécdotas y descripciones de paisajes entretenían horas deliciosas, cuando nos cansábamos de hablar de nuestros propios planes de vida futura.

La voz del afecto era tan nueva para mí que me colgaba con deleite de sus palabras cuando me contaba lo que había sentido con respecto a mí durante esos largos años de aparente olvido.

—Al principio —decía él—, no podía soportar pensar en mi pobre niña; pero después, a medida que el dolor se desvanecía y la esperanza me visitaba de nuevo, solo podía volverme hacia ella, y en medio de ciudades y desiertos su pequeña forma de hada, tal como la imaginaba, revoloteaba para siempre ante mí. La brisa del norte, al refrescarme, era más dulce y balsámica porque parecía llevar algo de tu espíritu con ella. A menudo pensaba que volvería instantáneamente y te llevaría conmigo a alguna isla fértil donde viviríamos en paz para siempre. Al regresar, mis fervientes esperanzas se vieron frustradas por tantos temores; mi impaciencia se volvió dolorosa en el más alto grado. No me atrevía a pensar que el sol brillara y la luna saliera no sobre tu forma viva sino sobre tu tumba. Pero no, no es así; tengo a mi Mathilda, mi consuelo y mi esperanza.

Mi padre había cambiado muy poco de lo que se describía a sí mismo antes de sus desgracias. Es el trato con la sociedad civilizada; es la decepción de las esperanzas abrigadas, la falsedad de los amigos o el choque perpetuo de pasiones mezquinas lo que cambia el corazón y apaga el ardor de los sentimientos juveniles; los vagabundeos solitarios en un país salvaje entre personas de costumbres simples o salvajes pueden endurecer el cuerpo pero no domarán el alma, ni extinguirán el ardor y la frescura de sentimiento propios de la juventud. El sol ardiente de la India y la libertad de toda restricción habían aumentado más bien la energía de su carácter: antes se doblegaba, ahora estaba impaciente ante cualquier censura excepto la de su propia mente. Había visto tantas

costumbres y presenciado una variedad tan grande de credos morales que se había visto obligado a formar uno independiente para sí mismo que no tenía relación con las nociones peculiares de ningún país: sus prejuicios tempranos, por supuesto, influyeron en su juicio en la formación de sus principios, y algunas ideas universitarias crudas estaban extrañamente mezcladas con las deducciones más profundas de su mente penetrante.

El vacío que su corazón soportó de cualquier interés profundo en la vida durante su larga ausencia de su país natal había tenido un efecto singular en sus ideas. Había una curiosa sensación de irrealidad unida por él a su vida extranjera en comparación con los años de su juventud. Todo el tiempo que había pasado fuera de Inglaterra era como un sueño, y todo el interés de su alma, todos sus afectos pertenecían a eventos que habían sucedido y personas que habían existido dieciséis años antes. Era extraño, cuando le oías hablar, ver cómo pasaba por alto este lapso de tiempo como una noche de visiones; mientras que los recuerdos de su juventud, permaneciendo separados como lo hacían de su vida posterior, no habían perdido nada de su vigor. Hablaba de mi Madre como si hubiera vivido solo unas semanas antes; no es que expresara un dolor punzante, pero su descripción de su persona y su relato de todas las anécdotas relacionadas con ella eran así de fervientes y vívidas.

En todo esto había una extrañeza que me atraía y encantaba. Estaba, por así decirlo, ahora despierto de su largo sueño visionario, y se sentía algo así como uno de los siete durmientes, o como Nourjahad, en esa dulce imitación de un cuento oriental: Diana se había ido; sus amigos habían cambiado o muerto, y ahora, al despertar, yo era todo lo que tenía para amar en la tierra.

Cuán queridos eran para mí las aguas, y montañas, y bosques de Loch Lomond ahora que tenía un compañero tan amado para mis paseos. Visité con mi padre cada lugar encantador, ya fuera en las islas, o al lado de las cascadas protegidas por árboles; cada sendero sombreado, o hondonada enredada con maleza y helechos. Mis

ideas se ampliaron con su conversación. Me sentía como si hubiera sido recreada y tuviera a mi alrededor toda la frescura y vida de un nuevo ser: fui, por así decirlo, transportada desde su llegada de un estrecho pedazo de tierra a un universo ilimitado para la imaginación y el entendimiento. Mi vida había sido antes como un agradable arroyo campestre, nunca destinado a dejar sus campos nativos, sino que cuando su tarea se cumpliera sería absorbido tranquilamente y no dejaría rastro. Ahora me parecía ser como un río variado que fluía a través de un paisaje fértil y encantador, siempre cambiante y siempre hermoso. ¡Ay! No sabía el desierto que estaba a punto de alcanzar; las rocas que desgarrarían sus aguas, y la horrible escena que se reflejaría de una manera más distorsionada en sus olas. La vida era entonces brillante; comenzaba a aprender a esperar y ¿qué trae una desesperación más amarga al corazón que la esperanza destruida?

¿No es extraño que el dolor siga rápidamente a una felicidad tan divina? Bebí de una copa encantada, pero había hiel en el fondo de su dulzura prolongada. Mi corazón estaba lleno de profundo afecto, pero estaba tranquilo por su misma profundidad y plenitud. No tenía idea de que la miseria pudiera surgir del amor, y esta lección que todos al final deben aprender me fue enseñada de una manera que pocos están obligados a recibir. Lamento ahora, debo lamentar siempre, esos pocos meses cortos de dicha paradisíaca; no desobedecí ninguna orden, no comí ninguna manzana, y sin embargo fui expulsada despiadadamente de él. ¡Ay! Mi compañero lo hizo, y yo fui precipitada en su caída. Pero me desvíó de mi relato—deja que el dolor llegue a su tiempo señalado; puedo, en esta etapa de mi historia, hablar todavía de felicidad.

Pasaron tres meses en este trato delicioso, cuando mi tía cayó enferma. Pasé un mes entero en su habitación cuidándola, pero su enfermedad era mortal y murió, dejándome por algún tiempo inconsolable. La muerte es tan terrible para los vivos; las cadenas del hábito son tan fuertes incluso cuando el afecto no las une que el corazón debe agonizar cuando se rompen. Pero mi padre estaba a mi lado para consolarme y alejar los recuerdos amargos con

esperanzas brillantes: me parecía que era dulce afligirse para que él pudiera secar mis lágrimas.

Luego, de nuevo, distraía mis pensamientos de mi dolor comparándolo con su desesperación cuando perdió a mi madre. Incluso en ese momento me estremecí ante el cuadro que dibujó de sus pasiones: tenía la imaginación de un poeta, y cuando describía el torbellino que entonces desgarraba sus sentimientos daba a sus palabras la impresión de vida tan vívidamente que yo creía mientras temblaba. Me preguntaba cómo podría haber vuelto a entrar en los oficios de la vida después de que sus pensamientos salvajes parecieran haberle dado afinidad con lo sobrenatural; mientras hablaba, tan tremendas eran las ideas que transmitía que parecía como si el corazón humano fuera demasiado limitado para su concepción. Sus sentimientos parecían más adecuados para un espíritu cuya morada es el terremoto y el volcán que para uno confinado a un cuerpo mortal y rasgos humanos. Pero estos eran meramente recuerdos; había cambiado desde entonces. Ahora era todo amor, todo suavidad; y cuando levantaba mis ojos asombrada hacia él mientras hablaba, la sonrisa en sus labios me decía que su corazón estaba poseído por las pasiones más gentiles.

Dos meses después de la muerte de mi tía nos trasladamos a Londres, donde fui guiada por mi padre para atender estudios más profundos de los que me habían ocupado antes. Mi mejora era su deleite; estaba conmigo durante todos mis estudios y me asistía o se unía a mí en cada lección. Vimos mucha sociedad, y no pasaba ningún día que mi padre no intentara embellecer con algún nuevo disfrute. El tierno apego que me tenía, y el amor y veneración con que yo se lo devolvía lanzaban un encanto sobre cada momento. Las horas eran lentas porque cada minuto estaba empleado; vivimos más en una semana que muchos en el curso de varios meses y la variedad y novedad de nuestros placeres daba sabor a cada uno.

Hacíamos excursiones juntos perpetuamente. Y ya fuera para visitar hermosos paisajes, o para ver buenas pinturas, o a veces sin ningún objeto más que buscar diversión tal como pudiera surgir,

siempre era feliz cuando estaba cerca de mi padre. Era motivo de pesar para mí cada vez que se nos unía una tercera persona, sin embargo, si me volvía con una mirada perturbada hacia mi padre, sus ojos fijos en mí y radiantes de ternura restauraban instantáneamente la alegría a mi corazón. ¡Oh, horas de intenso deleite! Cortas como fuisteis, os habéis hecho tan largas para mí como una vida entera cuando se mira hacia atrás a través de la niebla de dolor que se levantó inmediatamente después como para ocultaros de mi vista. ¡Ay! Fuisteis lo último de felicidad que jamás disfruté; unas pocas, unas muy pocas semanas y todo fue destruido. Como Psique, viví por un tiempo en un palacio encantado, entre olores, y música, y todo deleite lujoso; cuando de repente me quedé en una roca estéril; un ancho océano de desesperación rodaba a mi alrededor: arriba todo era negro, y mis ojos se cerraron mientras todavía habitaba una muerte universal. Aún no quisiera apresurarme; quisiera detenerme para siempre en los recuerdos de estas semanas felices; quisiera repetir cada palabra, y cuántas recuerdo, registrar cada encanto de la habitación mágica. Pero no, mi cuento no debe detenerse; debe ser tan rápido como fue mi destino. Solo puedo describir en expresiones breves aunque fuertes mi cambio precipitado e irremediable de la felicidad a la desesperación.

CAPÍTULO IV

Entre nuestros visitantes más asiduos había un joven de rango, bien informado y agradable en su persona. Después de haber pasado unas semanas en Londres, sus atenciones hacia mí se volvieron marcadas y sus visitas más frecuentes. Yo estaba demasiado ocupada con mis propias ocupaciones y sentimientos para prestar mucha atención a esto, y entonces de hecho apenas notaba más que la mera superficie de los eventos a medida que pasaban a mi alrededor; pero ahora recuerdo que mi padre estaba inquieto e incómodo cada vez que esta persona nos visitaba, y cuando hablábamos juntos nos observaba con la mayor ansiedad aparente aunque él mismo mantenía un profundo silencio. Finalmente, estas visitas desagradables cesaron por completo de repente, pero desde ese momento debo fechar el cambio de mi padre: un cambio que al recordarlo me hace estremecer y entonces me llenaba del más profundo dolor. No hubo grados que pudieran amortiguar mi caída de la felicidad a la miseria; fue como el golpe de un rayo: repentino y total. ¡Ay! Ahora encontraba ceños fruncidos donde antes había sido recibida solo con sonrisas: él, mi amado padre, me rehuía, y o me trataba con dureza o con una frialdad más desgarradora. No tomamos más dulces consejos juntos; y cuando intentaba ganarlo de nuevo para mí, su ira y las terribles emociones que exhibía me llevaban al silencio y a las lágrimas.

Y esto fue repentino. El día anterior habíamos pasado solos juntos en el campo; recuerdo que habíamos hablado de futuros viajes que emprenderíamos juntos. Había un deleite ansioso en nuestros tonos

y gestos que solo podía surgir de un amor profundo y mutuo unido a la confianza más desenfrenada; y ahora, al día siguiente, a la hora siguiente, vi sus cejas contraídas, sus ojos fijos con ferocidad hosca en el suelo, y su voz tan gentil y tan querida me hizo temblar cuando se dirigió a mí. A menudo, cuando mi fantasía errante traía por sus diversas imágenes ahora consuelo y ahora agravación de dolor a mi corazón, me he comparado con Proserpina, que estaba recogiendo flores alegre y descuidadamente en la dulce llanura de Enna, cuando el Rey del Infierno la arrebató a las moradas de la muerte y la miseria. ¡Ay! Yo, que tan recientemente no conocía más que la alegría de la vida; que había dormido solo para soñar dulces sueños y despertaba a una felicidad incomparable, ahora pasaba mis días y noches llorando. Yo, que buscaba y había encontrado alegría en el semblante de mi padre que respiraba amor, ahora cuando me atrevía a fijar en él una mirada suplicante siempre era respondida por un ceño airado. No me atrevía a hablarle; y cuando a veces había reunido el valor para encontrarme con él y pedir una explicación, una mirada a su cara donde un caos de pasión poderosa parecía luchar para siempre me hacía temblar y encogerme en silencio. Fui arrojada del cielo a la tierra como un gorrión tonto cuando es atacado por un halcón; mis ojos nadaban y mi cabeza estaba desconcertada por la repentina aparición del dolor. Día tras día pasaba marcado solo por mis quejas y mis lágrimas; a menudo elevaba mi alma en vana oración por un descenso más suave de la alegría a la aflicción, o si eso me era negado, que se me permitiera morir, y desvanecerme para siempre bajo la cruel ráfaga que barría sobre mí.

...pues ¿qué haría yo aquí,

Como una flor en decadencia, marchitándome todavía

Bajo sus palabras amargas, cuyo amable calor

Debería dar vida a mi pobre corazón?

A veces me decía a mí misma: «Esto es un encantamiento, y debo luchar contra él. Mi padre está cegado por alguna visión maligna que

debo eliminar». Y entonces, como David, intentaba con la música ganar al espíritu maligno para alejarlo de él; y una vez, mientras cantaba, levanté mis ojos hacia él y vi los suyos fijos en mí y llenos de lágrimas; todos sus músculos parecían relajados hasta la suavidad. Salté hacia él con un grito de alegría y me habría arrojado en sus brazos, pero él me empujó bruscamente y me dejó. E incluso de este leve incidente contraí nueva melancolía y una severidad adicional de modales.

Hay muchos incidentes que podría relatar que mostraban el estado enfermo pero incomprensible de su mente; pero mencionaré uno que ocurrió mientras estábamos en compañía de varias otras personas. En esta ocasión casualmente dije que pensaba que *Mirra* era la mejor de las tragedias de Alfieri; al decir esto casualmente dirigí mis ojos a mi padre y encontré los suyos: por primera vez la expresión de esos amados ojos me desagradó, y vi con espanto que todo su cuerpo temblaba con alguna emoción oculta que a pesar de sus esfuerzos lo conquistaba a medias: a medida que esta tempestad se desvanecía de su alma, se volvía melancólico y silencioso. Cada día ocurría alguna nueva escena y mostraba en él una mente trabajando, por así decirlo, con un horror desconocido que ahora podía dominar pero que a veces amenazaba con anular su razón, y con arrojar el brillante asiento de su inteligencia a un caos perpetuo.

No me detendré más de lo necesario en estas circunstancias desastrosas. Podría perder días describiendo cuán ansiosamente observaba cada cambio de circunstancia fugaz que prometía días mejores, y con qué desesperación descubría que cada esfuerzo mío agravaba su aparente locura. Para contar todo mi dolor, tanto valdría intentar contar las lágrimas que han caído de estos ojos, o cada señal que ha desgarrado mi corazón. Seré breve, pues hay en todo esto un horror que no soportaré muchas palabras, y me hundo casi por segunda vez en la muerte mientras recuerdo estas tristes escenas en mi memoria. ¡Oh, mi amado padre! De hecho me hiciste miserable más allá de todas las palabras, pero cuán verdaderamente te perdoné incluso entonces, y cuán enteramente poseíste todo mi

corazón mientras me esforzaba, como un arcoíris brilla sobre una catarata, por suavizar tus tremendas penas.

Así se produjo este cambio. Quizás parezca haberme lanzado demasiado repentinamente a la descripción, pero así de repentinamente sucedió. En una frase he pasado de la idea de una felicidad indecible a la de un dolor indecible, pero estaban así de estrechamente vinculadas. Habíamos permanecido cinco meses en Londres, tres de alegría y dos de dolor. Mi padre y yo estábamos ahora rara vez solos o, si lo estábamos, él generalmente guardaba silencio con los ojos fijos en el suelo —los orbes oscuros y llenos en los que antes me deleitaba leyendo todo sentimiento dulce y gentil sombreados de mi vista por sus párpados y las largas pestañas que los bordeaban—. Cuando estábamos en compañía él fingía alegría, pero yo lloraba al oír su risa hueca —comenzada por una sonrisa vacía y a menudo terminando en una mueca amarga tal como nunca antes de este período fatal había arrugado sus labios—. Cuando otros estaban allí, a menudo me hablaba y sus ojos seguían perpetuamente mi más mínimo movimiento. Sus acentos cada vez que se dirigía a mí eran fríos y constreñidos, aunque su voz temblaba cuando percibía que mi corazón lleno ahogaba la respuesta a las palabras proferidas con un semblante todavía nuevo para mí.

Pero los días de melancolía pacífica eran de rara ocurrencia: a menudo eran interrumpidos por ráfagas de pasión que me conducían como un barco débil en un mar tormentoso a buscar una cala para refugiarme; pero los vientos soplaban desde mi puerto natal y fui arrojada lejos, muy lejos, hasta que destrozada perecí cuando la tempestad hubo pasado y el mar estaba aparentemente en calma. No sé si puedo describir sus emociones: a veces solo las traicionaba por una palabra o un gesto, y luego se retiraba a su habitación y yo me arrastraba tan cerca de ella como me atrevía y escuchaba con miedo cada sonido, aunque temiendo aún más un silencio repentino —temiendo no sabía qué, pero siempre llena de miedo.

Fue después de un día tremendo en que sus ojos me habían fulminado como un relámpago —y su voz aguda y rota parecía incapaz de expresar la extensión de su emoción— que por la noche, cuando estaba sola, se reunió conmigo con un semblante tranquilo y, sin notar mis lágrimas que sequé rápidamente cuando se acercó, me dijo que en tres días tenía la intención de mudarse conmigo a su finca en Yorkshire, y ordenándome prepararme me dejó apresuradamente como si tuviera miedo de ser interrogado.

Esta determinación por su parte de hecho me sorprendió. Esta finca era la que él había habitado en la niñez y cerca de la cual residía mi madre cuando era niña; este fue el escenario de sus amores juveniles y donde habían vivido después de su matrimonio; en días más felices mi padre me había dicho a menudo que, por mucho que pudiera parecer apartado de su dolor de viudo y libre de recuerdos amargos en otros lugares, nunca se atrevería a visitar el lugar donde había disfrutado de su sociedad o a confiar en sí mismo para ver las habitaciones que hace tantos años habían habitado juntos; sus paseos favoritos y los jardines cuyas flores ella se había deleitado en cultivar. Y ahora, mientras sufría una miseria intensa, decidía sumergirse en una aún más intensa, y se esforzaba por una emoción mayor que la que ya lo desgarraba. Yo estaba perpleja, y muy ansiosa por saber qué presagiaba esto; ¡ah, qué podía presagiar sino la ruina!

Vi poco a mi padre durante este intervalo, pero parecía más tranquilo aunque no menos infeliz que antes. En la mañana del tercer día me informó que había decidido ir a Yorkshire primero solo, y que yo debía seguirle en quince días a menos que escuchara algo de él mientras tanto que contradijera esta orden. Partió el mismo día, y cuatro días después recibí una carta de su mayordomo diciéndome en su nombre que me reuniera con él con la menor demora posible. Después de viajar día y noche llegué con un corazón ansioso, pero esperanzado, pues ¿por qué me enviaría a buscar si fuera solo para evitarme y tratarme con la aparente aversión que tenía en Londres? Me encontré con él a una distancia de treinta millas de nuestra mansión. Su comportamiento era triste;

por un momento pareció contento de verme y luego se contuvo como si no quisiera traicionar sus sentimientos. Estuvo en silencio durante nuestro viaje, sin embargo, sus modales eran más amables que antes y creí percibir una suavidad en sus ojos que me dio esperanza.

Cuando llegamos, después de un poco de descanso, me guio por la casa y me señaló las habitaciones que mi madre había habitado. Aunque habían pasado más de dieciséis años desde su muerte nada había sido cambiado; su costurero, su escritorio todavía estaban allí y en su habitación un libro yacía abierto sobre la mesa tal como ella lo había dejado. Mi padre señaló estas circunstancias con un semblante serio e inalterado, solo de vez en cuando fijando sus ojos profundos y líquidos en mí; había algo extraño y terrible en su mirada que me superaba, y a pesar de mí misma lloré, ni intentó él consolarme, pero vi sus labios temblar y los músculos de su rostro parecían convulsionados.

Caminamos juntos por los jardines y por la noche, cuando yo me habría retirado, me pidió que me quedara y le leyera; y primero dijo:

—Cuando estuve aquí por última vez tu madre me leía a Dante; continuarás donde ella lo dejó.

Y luego, en un momento, dijo:

—No, eso no debe ser; no debes leer a Dante. Elige tú un libro.

Tomé a Spenser y leí el descenso de Sir Guyon a los salones de la Avaricia; mientras él escuchaba con los ojos fijos en mí en un triste y profundo silencio.

Escuché a la mañana siguiente del mayordomo que a su llegada había estado en un estado mental de lo más terrible: había pasado la primera noche en el jardín tendido sobre la hierba húmeda; no durmió sino que gimió perpetuamente.

—¡Ay! —dijo el anciano, quien me dio este relato con lágrimas en los ojos—. Me estruja el corazón ver a mi señor en este estado: cuando oí que venía aquí con usted, mi joven señora, pensé que

tendríamos los días felices de nuevo que disfrutamos durante la corta vida de mi señora su madre... Pero eso sería demasiada felicidad para nosotros, pobres criaturas nacidas para las lágrimas... y por eso ella nos fue arrebatada tan pronto; era demasiado hermosa y buena para nosotros. Fue un día feliz, como todos pensamos, cuando mi señor se casó con ella: la conocí cuando era una niña y muchos buenos favores me ha hecho en tiempos de mi vieja señora... Usted es como ella, aunque hay más de mi señor en usted... ¿Pero ha estado así desde su regreso? Toda mi alegría se convirtió en dolor cuando lo vi por primera vez con ese semblante melancólico entrar por estas puertas como si fuera el día después del funeral de mi señora... Pareció recuperarse un poco después de haberme ordenado que le escribiera... pero aun así es una cosa penosa verlo tan infeliz.

Estos eran los sentimientos de un viejo y fiel sirviente: cuáles debían ser los de una hija afectuosa. ¡Ay! Incluso entonces mi corazón estaba casi roto.

Pasamos dos meses juntos en esta casa. Mi padre pasaba la mayor parte de su tiempo conmigo; me acompañaba en mis paseos, escuchaba mi música y se inclinaba sobre mí mientras leía o pintaba. Cuando conversaba conmigo su manera era fría y constreñida; solo sus ojos parecían hablar, y mientras volvía su oscuro y pleno brillo hacia mí expresaban una tristeza viva. Había algo en esos orbes oscuros y profundos tan líquido e intenso que incluso en la felicidad nunca podía encontrar su mirada completa sin que la mía se desbordara. Sin embargo, era con lágrimas dulces; ahora había una profundidad de aflicción en su suave apelación que rasgaba mi corazón con simpatía; parecían desear paz para mí; para sí mismo un corazón paciente para sufrir; un anhelo de simpatía, pero una abnegación perpetua. Era solo cuando estaba ausente de mí que su pasión lo subyugaba, —que apretaba los puños— fruncía el ceño —y con miradas demacradas pedía la muerte para su desesperación, delirando salvajemente, hasta que exhausto se hundía y no revivía hasta que yo me unía a él.

Mientras estábamos en Londres había una dureza y hosquedad en su dolor que ahora había desaparecido por completo. Allí me encogía y huía de él, ahora solo deseaba estar con él para poder calmarlo hacia la paz. Cuando guardaba silencio trataba de divertirlo, y cuando a veces me escabullía hacia él durante la energía de su pasión lloraba pero no deseaba dejarlo. Sin embargo, sufría una agonía terrible; durante el día estaba más tranquilo, pero por la noche, cuando yo no podía estar con él, parecía dar rienda suelta a su dolor: a menudo pasaba sus noches o en el suelo en la habitación de mi madre, o en el jardín; y cuando por la mañana me veía contemplar con dolor punzante su cuerpo exhausto, y su persona lánguida casi hasta la muerte por la vigilia, lloraba; pero durante todo este tiempo no pronunció ninguna palabra por la cual yo pudiera adivinar la causa de su infelicidad. Si me aventuraba a preguntar, o me dejaba o se presionaba el dedo en los labios y, con una mirada de súplica que no podía resistir, se daba la vuelta. Si yo lloraba, me miraba en silencio, pero ya no era duro y aunque rechazaba cada caricia, lo hacía con gentileza.

Parecía albergar un dolor leve y emociones más suaves aunque tristes como alivio de la desesperación. Se las ingeniaba de muchas maneras para cuidar su melancolía como un antídoto contra pasiones más salvajes. Frecuentaba perpetuamente los paseos que habían sido favoritos suyos cuando él y mi madre vagaban juntos hablando de amor y felicidad; recogía cada reliquia que quedaba de ella y siempre se sentaba frente a su retrato, que colgaba en la habitación, fijando en él una mirada de triste desesperación —y todo esto se hacía en un silencio místico y terrible—. Si su pasión lo subyugaba, se encerraba en su habitación; y por la noche, cuando vagaba inquieto por la casa, era cuando cualquier otra criatura dormía.

Puede imaginarse fácilmente que me agotaba con conjeturas para adivinar la causa de su dolor. La solución que me parecía más probable era que durante su residencia en Londres se había enamorado de alguna persona indigna, y que su pasión lo dominaba aunque no quería satisfacerla: me amaba demasiado para

sacrificarme a esta inclinación, y que ahora había visitado esta casa para que, al revivir el recuerdo de mi madre a quien tan apasionadamente adoraba, pudiera debilitar la impresión actual. Esto era posible; pero era una mera conjetura infundada en cualquier hecho. ¿Podía haber culpa en ello? Él era demasiado recto y noble para hacer algo que su conciencia no aprobara; yo todavía no sabía del crimen que puede haber en el sentimiento involuntario y por lo tanto atribuía sus arranques tumultuosos y miradas sombrías totalmente a las luchas de su mente y no a que fueran, como eran, debidos en parte al peor demonio de todos: el Remordimiento.

Pero todavía me lisonjeo de que esto habría pasado. Sus paroxismos de pasión eran terroríficos pero su alma lo llevaba a través de ellos triunfante, aunque casi destruido por la victoria; pero el día finalmente se habría ganado si no hubiera sido porque yo, imiserable tonta y presuntuosa!, lo apresuré hasta que no hubo retorno, ni esperanza. Mi imprudencia dio la victoria en esta terrible lucha al enemigo que triunfó sobre él mientras yacía caído y vencido. ¡Yo! ¡Yo sola fui la causa de su derrota y justamente pagué la terrible pena! Me dije a mí misma: «Deja que reciba simpatía y estas luchas cesarán. Deja que confíe su miseria a otro corazón y la mitad del peso se aligerará. Lo ganaré para mí; no me negaré su dolor y cuando sepa su secreto entonces verteré un bálsamo en su alma y de nuevo disfrutaré del deleite arrebatador de contemplar su sonrisa, y de ver de nuevo sus ojos brillar si no con placer al menos con gentil amor y agradecimiento». «Esto haré», dije. A medias lo logré; gané su secreto y ambos nos perdimos para siempre.

CAPÍTULO V

Había pasado casi un año desde el regreso de mi padre, y las estaciones casi habían completado su ciclo. Estábamos ahora a finales de mayo; los bosques se vestían de su verdor más fresco y el dulce olor de la hierba recién cortada estaba en los campos. Pensé que el aire balsámico y el rostro encantador de la Naturaleza podrían ayudarme a inspirarle sensaciones suaves, y darle sentimientos gentiles de paz y amor preparatorios para la confianza que decidí ganarme de él.

Elegí, por tanto, la tarde de uno de estos días para mi intento. Le invité a caminar conmigo y le conduje a un bosque de hayas cercano, cuya sombra ligera nos protegía de los rayos oblicuos y deslumbrantes del sol descendente. Después de caminar un rato en silencio, me senté con él en un montículo musgoso. Es extraño, pero incluso ahora me parece ver el lugar: los troncos delgados y lisos estaban, muchos de ellos, rodeados de hiedra cuyas hojas brillantes del verde más oscuro contrastaban con la corteza blanca y las hojas claras de los brotes jóvenes de haya que crecían de sus troncos matrices; la hierba corta se mezclaba con musgo y estaba parcialmente cubierta por las hojas muertas del último otoño que, arrastradas por los vientos, se habían acumulado aquí y allá en pequeños montículos; había algunos tocones cubiertos de musgo alrededor. Las hojas se movían suavemente con la brisa y a través de su dosel verde se podía ver el cielo azul brillante. Al caer la tarde, los troncos distantes fueron enrojecidos por el sol y el viento cesó

por completo, mientras algunos pájaros pasaban volando junto a nosotros hacia su descanso vespertino.

Bien, fue aquí donde nos sentamos juntos, y cuando escuches todo lo que pasó, todo lo terrible que desgarró nuestras almas incluso en este lugar plácido, que de no ser por extrañas pasiones podría haber sido un paraíso para nosotros, no te asombrarás de que lo recuerde tal como lo miraba, esperando que su calma pudiera darme calma e inspirarme no solo valor sino palabras persuasivas. Vi todas estas cosas y de una manera ausente las anoté en mi mente mientras me esforzaba por organizar mis pensamientos en el orden adecuado para mi intento. Mi corazón latía rápido mientras me preparaba para hablarle, pues estaba decidida a no ser rechazada, pero temblaba al imaginar qué efecto podrían tener mis palabras en él; finalmente, con mucha vacilación, comencé:

—Tu bondad hacia mí, mi queridísimo padre, y el afecto, el excesivo afecto, que tenías por mí cuando regresaste por primera vez, espero que me excusen a tus ojos por atreverme a hablarte, aunque con el tierno afecto de una hija, también con la libertad de una amiga e igual. Pero perdóname, te lo ruego, y escúchame: no te apartes de mí; no seas impaciente; puedes intimidarme fácilmente para que guarde silencio, pero mi corazón está estallando, y no puedo consentir voluntariamente soportar ni un momento más la agonía de incertidumbre que durante los últimos cuatro meses ha sido mi porción.

»Escúchame, queridísimo amigo, y permíteme ganarme tu confianza. ¿Han de ser los días felices de amor mutuo que han pasado como un sueño para nunca volver? ¡Ay! Tienes un dolor secreto que nos destruye a ambos: pero debes permitirme ganarme este secreto. Dime, ¿no puedo hacer nada? Sabes bien que en toda la tierra no hay sacrificio que no haría, ninguna labor que no emprendería con la mera esperanza de traerte alivio. Pero si ningún esfuerzo por mi parte puede contribuir a tu felicidad, déjame al menos conocer tu dolor, y seguramente mi amor sincero y profunda simpatía deben calmar tu desesperación.

»Temo hablar de manera forzada: mi corazón rebosa con el ardiente deseo que tengo de traer calma una vez más a tus pensamientos y miradas; pero temo agravar tu dolor, o despertar en ti eso que es la muerte para mí: ira y disgusto. No continúes entonces fijando tus ojos en la tierra; levántalos hacia mí, pues puedo leer tu alma en ellos: háblame, háblame, y perdona mi presunción. ¡Ay! ¡Soy una criatura de lo más infeliz!

Estaba sin aliento por la emoción, y me detuve fijando mis ojos serios en mi padre, después de haber apartado las lágrimas intrusas que los empañaban. Él no levantó los suyos, pero tras un breve silencio me respondió en voz baja:

—Eres ciertamente presuntuosa, Mathilda, presuntuosa y muy imprudente. En el corazón de alguien como yo hay pensamientos secretos trabajando, y torturas secretas que no deberías tratar de descubrir. No puedo decirte cuánto añade a mi dolor saber que soy la causa de inquietud para ti; pero esto pasará, y espero que pronto estemos como estábamos hace unos meses. Refrena tu impaciencia o podrías estropear lo que intentas aliviar. No me hables de nuevo en este tono; sino espera con paciencia sumisa el desenlace de lo que pasa a tu alrededor.

—¡Oh, sí! —reliqué apasionadamente—, seré muy paciente; no seré imprudente ni presuntuosa: veré las agonías, y las lágrimas, y la desesperación de mi padre, mi único amigo, mi esperanza, mi refugio; lo veré todo con los brazos cruzados y los ojos bajos. No me tratas con franqueza; no es verdad lo que dices; esto no pasará pronto, durará para siempre si no te dignas a hablarme, a admitir mis consuelos.

»Queridísimo, queridísimo padre, compadéceme y perdóname: te suplico que no me llesves a la desesperación; de verdad, no debo ser rechazada; hay una cosa que, aunque pueda torturarme saberla, debes decirme. Exijo, y muy solemnemente exijo, saber si de alguna manera soy la causa de tu infelicidad. ¿No ves mis lágrimas contra las que en vano lucho? Oyes impasible mi voz quebrada por los sollozos. Siente cómo tiembla mi mano: todo mi corazón está en las

palabras que digo y no debes intentar silenciarme con meras palabras vacías de significado: la agonía de mi duda me apresura, y debes responder. Te lo suplico; por tu antiguo amor por mí ahora perdido, te conjuro a responder esa única pregunta. ¿Soy yo la causa de tu dolor?

Levantó los ojos del suelo, pero aun apartándolos de mí, dijo:

—Suplicado por ese ruego responderé a tu imprudente pregunta. Sí, tú eres la única, la agonizante causa de todo lo que sufro, de todo lo que debo sufrir hasta que muera. Ahora, ¡cuidado! ¡Guarda silencio! No me empujes a tu destrucción. Estoy golpeado por la tormenta, arrancado de raíz, devastado: pero tú puedes resistirla; eres joven y tus pasiones están en paz. Una palabra podría hablar y entonces quedarías implicada en mi destrucción; sin embargo, esa palabra está rondando en mis labios. ¡Oh! Hay un abismo temible; ¡pero te conjuro a que tengas cuidado!

—¡Ah, queridísimo amigo! —grité—, ¡no temas! Di esa palabra; traerá paz, no muerte. Si hay un abismo, nuestro amor mutuo nos dará alas para cruzarlo, y encontraremos flores, y verdor, y deleite al otro lado. —Me arrojé a sus pies y tomé su mano—. Sí, habla, y seremos felices; ya no habrá duda, ninguna terrible incertidumbre; confía en mí, mi afecto calmará tu dolor; di esa palabra y todo peligro habrá pasado, y nos amaremos como antes, y para siempre.

Él me arrebató su mano y se levantó en violento desorden:

—¿Qué quieres decir? No sabes lo que quieres decir. ¿Por qué me traes aquí, y me torturas, y me tientas, y me matas? Mucho más feliz sería para ti y para mí si en tu frenética curiosidad arrancaras mi corazón de mi pecho e intentaras leer sus secretos en él mientras la sangre de su vida goteaba. Así podrías consolarme reduciéndome a la nada; pero tus palabras no las puedo soportar; pronto me volverán loco, completamente loco, y entonces pronunciaré palabras extrañas, y tú las creerás, y ambos estaremos perdidos para siempre. Te digo que estoy al borde mismo de la locura; ¿por qué, chica cruel, me empujas? Te arrepentirás y yo moriré.

Cuando repito sus palabras me asombro de mi obstinada locura; apenas sé qué sentimientos me impulsaban irresistiblemente. Creo que fue que, al salir con la determinación de no ser rechazada, fui directo hacia mi objetivo sin sopesar bien sus respuestas: estaba guiada por la pasión y le arrastré con frenética imprudencia hacia el abismo que él tan temerosamente evitaba. Respondí a sus palabras terroríficas:

—Me llenas de espanto, es cierto, queridísimo padre, pero solo confirmas mi resolución de poner fin a este estado de duda. No seré postergada así: ¿crees que puedo vivir así temerosamente día a día, con la espada en mi pecho pero mantenida lejos de su herida mortal por un cabello? ¡Una palabra! Exijo esa terrible palabra; aunque sea como un relámpago para destruirme, dila.

»¡Ay! ¡Ay! ¿En qué me he convertido? Solo han pasado unos meses desde que creía que yo era todo el mundo para ti; y que no había felicidad o dolor para ti en la tierra no compartido por tu Mathilda, tu hija: ese tiempo feliz ya no existe, y lo que más temía en este mundo ha caído sobre mí. En la desesperación de mi corazón veo lo que no puedes ocultar: ya no me amas. Te conjuro, padre mío, ¿no se ha apoderado de tu corazón una pasión antinatural? ¿No soy el gusano más miserable que se arrastra? ¿No abrazo tus rodillas, y tú me rechazas cruelmente? Lo sé, lo veo, ¡me odias!

Estaba transportada por una emoción violenta y, levantándome de sus pies, a los que me había arrojado, me apoyé contra un árbol, alzando salvajemente mis ojos al cielo. Él comenzó a responder con violencia:

—¡Sí, sí, te odio! ¡Eres mi perdición, mi veneno, mi asco! ¡Oh! ¡No!
—Y entonces su manera cambió, y fijando sus ojos en mí con una expresión que convulsionó cada nervio y miembro de mi cuerpo—: No eres nada de todo esto; eres mi luz, mi única, mi vida. ¡Hija mía, te amo!

Las últimas palabras se desvanecieron en un susurro ronco, pero las oí y me hundí en el suelo, cubriendo mi rostro y casi muerta por exceso de náusea y miedo: una transpiración fría cubrió mi frente y temblé en cada miembro. Pero él continuó, juntando sus manos con un gesto frenético:

—¡Ahora me he arrojado desde la cima de la roca hasta el fondo! ¡Ahora me he precipitado por el temible abismo! El peligro ha pasado; ¡ella está viva! Oh, Mathilda, levanta esos queridos ojos a cuya luz vivo. Déjame oír los dulces tonos de tu amada voz en paz y calma. Monstruo como soy, tú eres todavía, como siempre fuiste, encantadora, hermosa más allá de toda expresión. En qué me he convertido desde este último momento no lo sé; tal vez he cambiado de semblante como el arcángel caído. Creo que lo soy, pues seguramente tengo un alma nueva dentro de mí, y mi sangre se amotina por mis venas: estoy ardiendo de fiebre. Pero estos son momentos preciosos; demonio como me he vuelto, aun así esa es mi Mathilda ante mí a quien amo como nunca nadie fue amado antes: y ella lo sabe ahora; escucha estas palabras que pensé, tonto de mí, que la fulminarían de muerte. Ven, ven, lo peor ha pasado: no más dolor, lágrimas o desesperación; ¿no fueron esas las palabras que pronunciaste? Hemos saltado el abismo del que te hablé, y ahora, escúchame, Mathilda, hemos de encontrar flores, y verdor y deleite, ¿o es infierno, y fuego, y torturas? ¡Oh! Amada, me desvanezco; ya no puedo sostenerme; seguramente esto es la muerte que viene. ¡Déjame apoyar mi cabeza cerca de tu corazón; déjame morir en tus brazos!

Se hundió en la tierra desmayado, mientras yo, casi tan sin vida como él, lo miraba con desesperación.

Sí, era desesperación lo que sentía; por primera vez ese fantasma me atrapó; la primera y única vez, pues nunca me ha dejado desde entonces. Tras los primeros momentos de agonía muda sentí sus colmillos en mi corazón: me arranqué el cabello; deliré en voz alta; en un momento, por piedad a sus sufrimientos, habría estrechado a mi padre en mis brazos; y luego, retrocediendo con horror, lo

rechacé con mi pie; me sentí como picada por una serpiente, como azotada por un látigo de escorpiones que me conducía... ¡Ah! ¿A dónde? ¿A dónde?

Bien, esto no podía durar. Una idea se precipitó en mi mente; nunca, nunca podré volver a hablarle. Cuando esta terrible convicción cayó sobre mí, derritió mi alma en ternura y amor. Le miré como para darle mi última despedida; yacía insensible, sus ojos cerrados y sus mejillas mortalmente pálidas. Arriba, las hojas del bosque de hayas proyectaban una sombra parpadeante sobre su rostro, y se mecían en melodía lúgubre sobre él. Vi todas estas cosas y dije: «¡Sí, esta es su tumba!». Y entonces lloré en voz alta, y alcé mis ojos al cielo para suplicar un respiro a mi desesperación y un alivio para su sufrimiento antinatural; las lágrimas que brotaron en un torrente cálido y curativo de mis ojos aliviaron la carga que oprimía mi corazón casi hasta la locura. Lloré durante mucho tiempo hasta que vi que estaba a punto de revivir, cuando el horror y la miseria recurrieron de nuevo, y la marea de mis sensaciones retrocedió a su antiguo cauce: con un terror que no pude refrenar, me levanté y huí, con velocidad alada, a lo largo de los senderos del bosque y a través de los campos hasta que casi muerta llegué a nuestra casa y, ordenando a los sirvientes que buscaran a mi padre en el lugar que indiqué, me encerré en mi propia habitación.

CAPÍTULO VI

Mi habitación estaba en una parte retirada de la casa, y daba al jardín de modo que ningún sonido de los otros habitantes podía llegar a ella; y aquí, en perfecta soledad, lloré durante varias horas. Cuando un sirviente vino a preguntarme si tomaría comida supe por él que mi padre había regresado, y estaba aparentemente bien, y esto me alivió de una carga de ansiedad, sin embargo no dejé de llorar amargamente. Al principio, mientras el recuerdo de la felicidad pasada contrastada con mi desesperación actual me cruzaba, di alivio a la opresión de corazón que sentía mediante palabras, y gemidos, y suspiros desgarradores: pero la naturaleza se cansó, y este dolor más violento dio lugar a un torrente de lágrimas apasionado pero mudo: toda mi alma parecía disolverse en ellas. No me retorcí las manos, ni me arranqué el cabello, ni proferí exclamaciones salvajes, sino que como Boccaccio describe el dolor intenso y tranquilo de Sigismunda sobre el corazón de Guiscardo, me senté con las manos cruzadas, dejando caer silenciosamente un flujo perpetuo de mis ojos. Tal era la profundidad de mi emoción que no tenía sentimiento de lo que causaba mi angustia, mis pensamientos incluso vagaban hacia muchos objetos indiferentes; pero aun así, sin mover miembro ni rasgo, mis lágrimas caían hasta que, como si las fuentes se hubieran agotado, disminuyeron gradualmente, y desperté a la vida como de un sueño.

Cuando hube dejado de llorar, la razón y la memoria volvieron a mí, y comencé a reflexionar con mayor calma sobre lo que había sucedido, y cómo me correspondía actuar. Habían pasado solo unas

pocas horas pero había tenido lugar una poderosa revolución con respecto a mí; el trabajo natural de años se había tramitado desde la mañana: mi padre estaba como muerto para mí, y sentí por un momento como si él, con cabellos blancos, yaciera en su ataúd y yo, con la juventud desvanecida en la vejez próxima, estuviera llorando su oportuna disolución. Pero no era así, yo era todavía joven, ¡oh!, demasiado joven, ni estaba él muerto para otros; pero yo, la más miserable, no debía verlo ni hablarle nunca más. Debía huir de él con más seriedad que de mi mayor enemigo: en soledad o en ciudades no debía volver a contemplarlo jamás. Esa consideración me dejó sin aliento de angustia, e imprimiéndose en mi imaginación fui incapaz por un tiempo de seguir ningún hilo de ideas. Siempre después de esto, pensé, viviría en la reclusión más lúgubre. Me retiraría al Continente y me haría monja; no por religión, pues no era católica, sino para estar para siempre excluida del mundo. Allí encontraría soledad donde podría llorar, y las voces de la vida nunca me alcanzarían.

¿Pero mi padre; mi amado y desdichadísimo padre? ¿Moriría? ¿Nunca superaría la feroz pasión que ahora tenía un dominio despiadado sobre él? ¿No podría él muchos, muchos años después, cuando la edad hubiera apagado las sensaciones ardientes que ahora experimentaba, no podría entonces ser de nuevo un padre para mí? Esta reflexión desarrugó mi frente, y pude sentir (y lloré al sentirlo) una sonrisa medio melancólica arrancar de mis labios su expresión de sufrimiento: me atreví a albergar mejores esperanzas para mi vida futura; los años deben pasar pero pasarían velozmente alados por la esperanza, o si pasaban pesadamente, aun así pasarían y no habría perdido a mi padre para siempre. Deja que pase otros dieciséis años de vagabundeo desolado: deja que una vez más pronuncie sus quejas salvajes a los vastos bosques y las tremendas cataratas de otro clima: deja que vuelva a sufrir peligros temibles y penurias que sofocan el alma: deja que el sol ardiente del sur queme de nuevo sus mejillas desgastadas por la pasión y las frías lluvias nocturnas caigan sobre él y enfríen su sangre.

¡A esta vida, padre miserable, te destino! ¡Ve! ¡Pasa tus días con salvajes, y tus noches bajo la bóveda del cielo! ¡Que tus miembros se desgasten y tu corazón se enfríe, y toda juventud muera dentro de ti! ¡Que tus cabellos sean como la nieve; tu andar tembloroso y tu voz haya perdido sus tonos melódicos! ¡Que el brillo líquido de tus ojos se apague; y entonces vuelve a mí, vuelve a tu Mathilda, tu hija, que podrá entonces ser estrechada en tus amados brazos, mientras tu corazón late con emoción sin pecado! ¡Ve, hombre condenado, y vuelve así! Esta es mi maldición, la maldición de una hija: ve, y vuelve puro a tu hija, que nunca amaré nada más que a ti.

Estos eran mis pensamientos; y con manos temblorosas me preparé para comenzar una carta a mi infeliz progenitor. Había pasado ya muchas horas en lágrimas y meditación lúgubre; pasaban de las doce; todo estaba en paz en la casa, y el aire suave que se colaba por mi ventana no movía las hojas de las plantas trepadoras que la sombreaban. Sentí la tranquilidad total de la hora cuando mi propia respiración y sollozos involuntarios eran los únicos sonidos que golpeaban el aire. De repente oí un paso suave subiendo las escaleras; me detuve sin aliento, y a medida que se acercaba me deslicé a un rincón oscuro de la habitación; los pasos se detuvieron en mi puerta, pero después de unos momentos retrocedieron de nuevo, bajaron las escaleras y no oí más.

Este leve incidente dio lugar en mí a las reflexiones más dolorosas; ni me atrevo ahora a expresar las emociones que sentí. Que él estuviera inquieto lo entendía; que vagara como un fantasma en pena y no encontrara quietud del infierno ardiente que consumía su corazón. ¿Pero por qué acercarse a mi habitación? ¿No era eso sagrado? Me sentí casi lista para desmayarme mientras él había estado allí, pero no había traicionado mi vigilia con el menor movimiento, aunque había oído mi propio corazón latir con miedo violento. Se había retirado. ¡Oh, nunca, nunca, pueda yo verlo de nuevo! Mañana por la noche el mismo techo no puede cubrirnos; él o yo debemos partir. El vínculo mutuo de nuestros destinos está roto; debemos estar divididos por mares, por tierra. Las estrellas y el

sol no deben salir en el mismo período para nosotros: él no debe decir, mirando la media luna poniente, «Mathilda ahora observa su caída». No, todo debe cambiar. ¡Que sea luz con él cuando es oscuridad conmigo! ¡Que sienta el sol del verano mientras yo estoy helada por las nieves del invierno! ¡Que haya la distancia de las antípodas entre nosotros!

Finalmente el este comenzó a iluminarse, y la reconfortante luz de la mañana entró a raudales en mi habitación. Estaba cansada de vigilar y durante algún tiempo había combatido con el sueño pesado que oprimía mis párpados: pero ahora, ya sin miedo, me arrojé en mi cama. Busqué reposo aunque no esperaba olvido; sabía que sería perseguida por sueños, pero no temí el espantoso que realmente tuve. Soñé que me había levantado y fui a buscar a mi padre para informarle de mi determinación de separarme de él. Le busqué en la casa, en el parque, y luego en los campos y los bosques, pero no pude encontrarle. Finalmente le vi a cierta distancia, sentado bajo un árbol, y cuando me percibió agitó su mano varias veces, haciéndome señas para que me acercara; había algo sobrenatural en su semblante que me intimidó y heló, pero me acerqué. Cuando estuve a corta distancia de él vi que estaba mortalmente pálido, y vestido con prendas blancas y flotantes. De repente se levantó y huyó de mí; le perseguí: corrimos sobre los campos, y por los bordes de los bosques, y en las orillas de los ríos; él volaba rápido y yo le seguía. Llegamos por fin, me pareció, al borde de un enorme acantilado que colgaba sobre el mar que, turbado por los vientos, golpeaba contra su base a distancia. Oí el rugido de las aguas: él mantuvo su curso directo hacia el borde y yo me quedé sin aliento de miedo por si se precipitaba por el terrible precipicio; intenté aumentar mi velocidad, pero mis rodillas fallaron bajo mí, aun así acababa de alcanzarle; acababa de agarrar una parte de su túnica flotante, cuando saltó hacia abajo y desperté con un grito violento. Estaba temblando y mi almohada estaba mojada con mis lágrimas; por unos momentos mi corazón latió fuerte, pero los rayos brillantes del sol y el gorjeo de los pájaros me restauraron rápidamente a mí misma, y me levanté con un espíritu lánguido, aunque preguntándome qué eventos

traería el día. Pasó algún tiempo antes de que reuniera el valor para tocar la campana llamando a mi sirvienta, y cuando vino todavía no me atreví a pronunciar el nombre de mi padre. Le ordené que trajera mi desayuno a mi habitación, y me quedé de nuevo sola, sin embargo todavía no podía tomar ninguna resolución, sino que solo pensaba que podría escribir una nota a mi padre para rogar su permiso para hacer una visita a una pariente que vivía a unas treinta millas, y que antes me había invitado a su casa, pero yo me había negado porque entonces no podía dejar a mi sufriente padre. Cuando la sirvienta regresó me dio una carta.

—¿De quién es esta carta? —pregunté temblando.

—Su padre la dejó, señora, con su sirvienta, para que se le diera cuando se levantara.

—¡Mi padre la dejó! ¿Dónde está? ¿No está aquí?

—No; abandonó la casa antes de las cuatro de esta mañana.

—¡Buen Dios! ¡Se ha ido! Pero cuenta cómo fue esto; ¡habla rápido!

Su relato fue breve. Se había ido en el carruaje al pueblo más cercano donde tomó un coche de postas y caballos con órdenes para el camino de Londres. Despidió a sus sirvientes allí, solo diciéndoles que tenía una llamada repentina de negocios y que debían obedecerme como su señora hasta su regreso.

CAPÍTULO VII

Con el corazón palpitante y temerosa, no sabía por qué, despedí a la sirvienta y, cerrando mi puerta, me senté a leer la carta de mi padre. Estas son las palabras que contenía.

«Mi querida Hija:

»He traicionado tu confianza; he tratado de contaminar tu mente, y he familiarizado tu corazón inocente con las miradas y el lenguaje de una pasión ilícita y monstruosa. Debo expiar estos crímenes, y debo tratar en algún grado de proporcionar mi castigo a mi culpa. No dudo que estás preparada para lo que voy a anunciar; debemos separarnos y estar divididos para siempre.

»Te privo de tu padre y único amigo. Eres arrojada sin refugio al mundo: tus esperanzas están marchitas; la paz y seguridad de tu mente pura destruidas; la memoria te traerá imágenes espantosas de culpa, y la angustia del amor inocente traicionado. Sin embargo yo, que atraigo toda esta miseria sobre ti; yo que te echo fuera y despiadadamente he puesto el sello de la desconfianza y la agonía en el corazón y la frente de mi propia hija, quien con ligereza diabólica ha tratado de robar su encanto para poner en su lugar la sucia deformidad del pecado; yo, en la angustia desbordante de mi corazón, te suplico que me perdones.

»No pido tu piedad; debes aborrecerme y lo haces: pero perdóname, Mathilda, y no dejes que tus pensamientos me sigan en mi destierro con ira implacable. No debo volver a contemplarte nunca más; nunca más oír tu voz; pero los suaves susurros de tu

perdón me alcanzarán y enfriarán el ardor de mi cerebro y corazón trastornados; estoy seguro de que lo sentiría incluso en mi tumba. Y me atrevo a reforzar esta petición relatando cuán miserablemente fui traicionado en esta red de angustia ardiente y todas mis luchas para liberarme: de hecho, si tu alma fuera menos pura y brillante no intentaría exculparme ante ti; temería que si te llevara a mirarme con menos aborrecimiento podrías odiar menos el vicio: pero al dirigirme a ti siento como si apelara a un juez angelical. No puedo partir sin tu perdón y debo esforzarme por ganarlo, o debo desesperar. Te conjuro por tanto a escuchar mis palabras, y si ante los buenos la culpa puede ser en algún grado atenuada por la aguda agonía, y el remordimiento que desgarrar el cerebro como la locura, quizás puedas pensar, aunque yo no me atreva, que tengo algún derecho a tu compasión.

»Te ruego que llames a tu recuerdo nuestra primera vida feliz en las orillas del Loch Lomond. Había llegado de un vagabundeo fatigoso de dieciséis años, durante los cuales, aunque había pasado por muchos peligros y desgracias, mis afectos habían sido un completo vacío. Si me afligía era por tu madre, si amaba era tu imagen; estas únicas emociones llenaban mi corazón en quietud. Las criaturas humanas a mi alrededor no excitaban en mí ninguna simpatía y pensé que el poderoso cambio que la muerte de tu madre había obrado dentro de mí me había vuelto insensible a cualquier impresión futura. Vi a las hermosas y no amé, imaginé por tanto que todo calor se había extinguido en mi corazón excepto el que me llevaba siempre a detenerme en tu imagen entonces infantil.

»Es un eslabón extraño en mi destino que sin haberte visto debiera amarte apasionadamente. Durante mis vagabundeos nunca dormí sin antes invocar dulces sueños sobre tu cabeza. Si veía una mujer hermosa, pensaba, ¿se parece mi Mathilda a ella? Todas las cosas deleitables, paisajes sublimes, brisas suaves, música exquisita me parecían asociadas contigo y solo a través de ti me eran placenteras. Finalmente te vi. Apareciste como la deidad de una región encantadora, el Ángel ministrador de un Paraíso al cual de todo el género humano admitías solo a mí. Apenas me atrevía a

considerarte como mi hija; tu belleza, ingenuidad y sabiduría no enseñada parecían pertenecer a un orden superior de seres; tu voz exhalaba solo palabras de amor: si había algo de terrenal en ti era solo lo que derivabas de la belleza del mundo; parecías haber ganado una gracia de las brisas de la montaña, las cascadas y el lago; y esto era todo lo terrenal que tenías excepto tus afectos; no había escoria, ningún mal sentimiento en la composición. Tú todavía ni siquiera has visto suficiente del mundo para conocer la estupenda diferencia que existe entre las mujeres que encontramos en la vida diaria y una ninfa de los bosques como tú eras, en cuyos ojos solo la humanidad puede estudiar durante siglos y volverse más sabia y pura. Esas luces divinas que brillaron sobre mí como hicieron las de Beatriz sobre Dante, y bien podría decir yo con él aunque con qué sentimientos diferentes:

E quasi mi perdei gli occhi chini.

»¿Puedes asombrarte, Mathilda, de que me detuviera en tus miradas, tus palabras, tus movimientos, y bebiera un deleite puro?

»Pero temo desviarme de mi propósito. Debo ser más breve pues la noche avanza aprisa y todas mis horas en esta casa están contadas. Bien, nos trasladamos a Londres, y todavía sentía solo la paz de una pasión sin pecado. Estabas siempre conmigo, y no deseaba más que contemplar tu semblante, y saber que yo era todo el mundo para ti; estaba envuelto en el paraíso de los tontos de disfrute y seguridad. ¿Era mi amor culpable? Si lo era yo lo ignoraba; deseaba solo lo que poseía, y si disfrutaba de tus miradas, y palabras, y caricias inocentes un éxtasis usualmente excluido de los sentimientos de un padre hacia su hija, sin embargo ninguna inquietud, ningún deseo, ninguna idea casual me despertó a un sentido de culpa. Te amaba como un padre humano podría suponerse que amaría a una hija nacida para él de una madre celestial; como Anquises podría haber mirado a la hija de Venus si el sexo hubiera cambiado; amor mezclado con respeto y adoración. Quizás también mi pasión fue adormecida hasta el contentamiento por el profundo y exclusivo afecto que sentías por mí.

»Pero cuando te vi convertirte en el objeto del amor de otro; cuando imaginé que podrías ser amada de otra manera que como un tipo sagrado e imagen de encanto y excelencia; o que podrías amar a otro con un afecto más ardiente que el que me tenías a mí, entonces el demonio despertó dentro de mí; despedí a tu amante; y desde ese momento no he conocido paz. He buscado en vano sueño y descanso; mis párpados se negaban a cerrarse, y mi sangre estaba para siempre en un tumulto. Desperté a una nueva vida como quien muere en esperanza podría despertar en el Infierno. No mancharé tu imaginación relatando mis combates, mi auto-ira y mi desesperación. Que se corra un velo sobre las sensaciones inimaginables de un padre culpable; los secretos de un corazón tan agonizante no deben hacerse vulgares. Todo era alboroto, crimen, remordimiento y odio, pero aun así el amor más tierno; y lo que primero me despertó a la firme resolución de conquistar mi pasión y de restaurar su padre a mi hija fue la vista de tus dolores amargos y comprensivos. Fue esto lo que me trajo aquí: pensé que si podía despertar de nuevo en mi corazón el dolor que había sentido por la pérdida de tu madre, y las muchas asociaciones con su memoria que habían sido adormecidas durante diecisiete años, todo amor por su hija se extinguiría. En un ataque de heroísmo determiné ir solo; dejarte, la vida de mi vida, y no verte de nuevo hasta que pudiera hacerlo sin culpa. Pero no sirvió: valoré mi fortaleza demasiado alto, o mi amor demasiado bajo. Ciertamente habría muerto si no te hubieras apresurado hacia mí. ¡Ojalá me hubiera extinguido de hecho!

»Y ahora, Mathilda, debo hacerte mi última confesión. Me he equivocado miserablemente al imaginar que podía conquistar mi amor por ti; nunca podré. La vista de esta casa, estos campos y bosques que mi primer amor habitó parece haberlo aumentado: en mi locura me atreví a decirme a mí mismo: "Diana murió para darle nacimiento; el espíritu de su madre fue transferido a su cuerpo, y ella debería ser como Diana para mí". Con cada esfuerzo para desecharlo, este amor se aferra más, este amor culpable más antinatural que el odio, que marchita tus esperanzas y me destruye para siempre.

Mejor haber amado a la desesperación, y más seguro haberla besado.

»Ningún tiempo o espacio puede arrancar de mi alma aquello que forma parte de ella. Desde mi llegada aquí no he dejado por un momento de sentir el infierno de pasión que ha sido implantado en mí para arder hasta que todo esté frío, y rígido, y muerto. Sin embargo no moriré; ¡ay! ¿cómo me atrevo a ir donde pueda encontrar a Diana, cuando he desobedecido su última petición; sus últimas palabras dichas con voz débil cuando todo sentimiento excepto el amor, que sobrevive a todas las cosas, estaba ya muerto, ella entonces me ordenó hacer feliz a su hija: ese pensamiento solo da un doble agujón a la muerte. Vagaré lejos de ti, lejos de toda vida; en la soledad que buscaré solo yo respiraré del género humano. Debo soportar la vida; y como es mi deber así lo haré hasta que la tumba, temida pero deseada, me reciba libre de dolor: pues mientras sienta será dolor lo que debe componer la suma total de mis sensaciones. ¿No es esta una maldición terrible bajo la que trabajo? ¿No miro hacia un futuro miserable? Hija mía, si después de esta vida se me permite verte de nuevo, si el dolor puede purificar el corazón, el mío será puro: si el remordimiento puede expiar la culpa, seré inocente.

»He estado en la puerta de tu habitación: todo está en silencio. Duermes. ¿De verdad duermes, Mathilda? ¡Espíritus del Bien, contemplad las lágrimas de mi ferviente oración! ¡Benedicid a mi hija! Protegedla de los egoístas entre sus semejantes: ¡protegedla de las agonías de la pasión, y la desesperación de la decepción! ¡Paz, Esperanza y Amor sean tus guardianes, oh, tú alma de mi alma: tú en quien respiro!

»No me atrevo a leer mi carta de nuevo pues no tengo tiempo para escribir otra, y sin embargo temo que algunas expresiones en ella podrían desagradarme. Desde la última vez que te vi he estado constantemente empleado en escribir cartas, y tengo varias más que escribir; pues no pretendo que nadie sepa de mí después de que parta. No necesito conjurarte a que me mires como alguien de quien

todos los vínculos que una vez existieron entre nosotros están rotos. Tu propia delicadeza no te permitirá, estoy convencido, intentar rastrearme. Es mucho mejor para tu paz que ignores mi destino. No me seguirás, pues cuando me destierro a mí mismo ¿alimentarías la culpa imponiéndote sobre mí? No harás esto, sé que no lo harás. Debes olvidarme y todo el mal que te he enseñado. Desecha el único regalo que te he otorgado, tu dolor, y levántate de bajo mi influencia marchitadora como ninguna flor tan dulce se levantó jamás de debajo de tanto mal.

»Nunca sabrás de mí otra vez: recibe estas entonces como las últimas palabras mías que jamás te llegarán; y aunque he perdido tu amor filial, considera estas, te lo conjuro, como el mandato de un padre. Sacude resueltamente la desdicha que esta primera desgracia en la vida temprana debe ocasionarte. Resiste valientemente la tormenta: continúa sabia y suave, pero créelo, y de hecho lo es, es tu deber ser feliz. Eres muy joven; no dejes que este freno retarde por más de un momento tu curso glorioso; sigue adelante, amada. El sol de la juventud no se ha puesto para ti; te restaurará vigor y vida; no resistas con dolor obstinado su influencia benéfica, ¡oh, hija mía! bendíceme con la esperanza de que no te he destruido completamente.

»Adiós, Mathilda. Me voy con la creencia de que tengo tu perdón. Tu naturaleza gentil no te permitiría odiar a tu mayor enemigo y aunque yo sea él, aunque he arrancado la felicidad de tu alcance; aunque he pasado sobre tu joven amor y esperanzas como el ángel de la destrucción, encontrando belleza y alegría, y dejando plaga y desesperación, aun así me perdonarás, y con ojos rebosantes de lágrimas te doy las gracias; mi amada, acepto tu perdón con una gratitud que nunca morirá, y que sobrevivirá, de hecho lo hará, a la culpa y al remordimiento.

»¡Adiós para siempre!«

En el momento en que terminé esta carta ordené el carruaje y me preparé para seguir a mi padre. Las palabras de su carta con las que me había disuadido de este paso fueron las que me decidieron. ¿Por

qué las escribió? Él debía saber que si yo creía que su intención era meramente ausentarse de mí, en lugar de oponerme a él sería lo que yo misma requeriría; o si pensaba que algún sentimiento latente, aunque no podía pensar eso, me llevaría a él, ¿intentaría derribar la única esperanza que podría tener de volver a verme? Un amante, había locura en el pensamiento, pero él era mi amante, no actuaría así. No, él había decidido morir, y deseaba ahorrarme la miseria de saberlo. Las pocas palabras ineficaces que había dicho concernientes a su deber eran para mí una prueba más, y cuanto más estudiaba la carta más percibía mil expresiones leves que solo podían indicar un conocimiento de que la vida había terminado para él. ¡Estaba a punto de morir! Mi sangre se heló ante el pensamiento: una sensación enfermiza de horror se apoderó de mí que no permitía lágrimas. Mientras esperaba el carruaje caminé de un lado a otro con paso rápido; luego, arrodillándome y juntando apasionadamente las manos, traté de rezar pero mi voz estaba ahogada por sollozos convulsivos. ¡Oh, el sol brillaba, el aire era balsámico; él debía vivir todavía, pues si estuviera muerto todo seguramente sería negro como la noche para mí!

El movimiento del carruaje, sabiendo que me llevaba hacia él y que tal vez podría encontrarlo vivo, revivió algo mi valor: sin embargo tuve un viaje terrible. Solo la esperanza me sostenía, la esperanza de que no llegaría demasiado tarde. No lloré, pero me sequé la transpiración de la frente, y traté de calmar mi cerebro y corazón latiendo casi hasta la locura. ¡Oh! No debo estar loca cuando lo vea; o tal vez sería igual de bueno que lo estuviera, mi distracción podría calmar la suya, y llamarle de nuevo a soportar la vida. Sin embargo, hasta que lo encuentre debo forzar a la razón a mantenerse en su asiento, y presioné mi frente con fuerza con mis manos. Oh, no me dejes; o olvidaré lo que estoy haciendo; en lugar de conducir como deberíamos con la velocidad del rayo me atenderán a mí, y llegaremos demasiado tarde. ¡Oh! ¡Dios ayúdame! ¡Que esté vivo! Todo es oscuro; en mi miseria abyecta no exijo más: ni esperanza, ni bien: solo pasión, y culpa, y horror; ¡pero vivo! ¡Vivo! Mis sensaciones me ahogaban. No caían lágrimas pero

sollozaba, y respiraba corta y fuertemente; un solo pensamiento me poseía, y solo podía pronunciar una palabra, que medio gritando estaba perpetuamente en mis labios: ¡Vivo! ¡Vivo!

Me había llevado al mayordomo conmigo pues él, mucho mejor que yo, podía hacer las averiguaciones necesarias; el pobre anciano no podía refrenar sus lágrimas al ver mi profunda angustia y saber la causa; a veces pronunciaba unas pocas palabras rotas de consuelo: en momentos como estos la señora y el sirviente se vuelven en cierto modo iguales y cuando vi sus viejos ojos empañados húmedos con lágrimas de simpatía; su cabello gris escasamente esparcido sobre una frente arrugada por la edad pensé: «Oh, si mi padre fuera como él es, decrepito y canoso, entonces me ahorraría este dolor».

Cuando hube llegado al pueblo más cercano tomé caballos de posta y seguí el camino que mi padre había tomado. En cada posada donde cambiábamos caballos oíamos de él, y yo estaba poseída por esperanza y miedo alternos. Finalmente descubrí que había alterado su ruta; al principio había seguido el camino de Londres; pero ahora lo cambió, y tras preguntar descubrí que el que ahora seguía conducía hacia el mar. Mi sueño recurrió a mis pensamientos; yo no era usualmente supersticiosa pero en la desdicha todo el mundo lo es. El mar estaba a cincuenta millas, sin embargo era hacia allí que huía. La idea era terrible para mi imaginación medio enloquecida, y casi volcó la poca posesión de mí misma que aún me quedaba. Viajé todo el día; a cada momento mi miseria aumentaba y la fiebre de mi sangre se volvía intolerable. El sol de verano brillaba en un cielo despejado; el aire era sofocante pero todo era fresco para mí excepto mi propia piel abrasadora. Hacia la tarde nubes oscuras de tormenta surgieron sobre el horizonte y oí su trueno distante; después del atardecer oscurecieron todo el cielo y comenzó a llover, los relámpagos iluminaban todo el campo y el trueno ahogaba el ruido de nuestro carruaje. En la siguiente posada mi padre no había tomado caballos; había dejado una caja allí diciendo que volvería, y había caminado por los campos hacia el pueblo de..., un pueblo costero a ocho millas de distancia.

Por un momento quedé casi paralizada por el miedo; pero mi energía regresó y exigí un guía para acompañarme a seguir sus pasos. La noche era tempestuosa pero mi soborno fue alto y procuré fácilmente a un paisano. Pasamos por muchos caminos y sobre campos y colinas salvajes; la lluvia caía a torrentes; y el fuerte trueno rompía en estruendos terribles sobre nuestras cabezas. ¡Oh! ¡Qué noche fue! Y pasé con pasos rápidos entre la hierba alta y húmeda bajo la lluvia y la tempestad. Mi sueño estaba para siempre en mis pensamientos, y con una especie de media locura que a menudo posee a la mente en la desesperación, dije en voz alta: «¡Valor! No estamos cerca del mar; estamos todavía a varias millas del océano». Sin embargo era hacia el mar donde yacía nuestra dirección y eso aumentaba la confusión de mis ideas. Una vez, vencida por la fatiga, me hundí en la tierra mojada; a unas doscientas yardas de distancia, solo en un gran prado se alzaba un magnífico roble; los relámpagos mostraban sus miríadas de ramas desgarradas por la tormenta. Una idea extraña se apoderó de mí; una persona debe haber sentido todas las agonías de la duda concerniente a la vida y muerte de alguien que es todo el mundo para ella antes de que pueda entrar en mis sentimientos, pues en ese estado, la mente trabajando sin restricciones por la voluntad hace combinaciones extrañas y fantasiosas con las circunstancias externas y teje las oportunidades y cambios de la naturaleza en una conexión inmediata con el evento que temen. Fue con este sentimiento que me volví hacia el viejo mayordomo que estaba pálido y temblando a mi lado:

—Observa, Gaspar, si el próximo rayo no desgarrá ese roble mi padre estará vivo.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un relámpago seguido instantáneamente por un tremendo estruendo de trueno descendió sobre él; y cuando mis ojos recuperaron la vista tras la luz deslumbrante, el roble ya no estaba en el prado. El anciano profirió una exclamación salvaje de horror cuando vio una interpretación tan repentina dada a mi profecía. Me levanté de un salto, mi fuerza regresó con mi terror; grité:

—¡Oh, Dios! ¿Es este tu decreto? Sin embargo tal vez no llegue demasiado tarde.

Aunque todavía a varias millas de distancia continuamos acercándonos al mar. Llegamos por fin al camino que conducía al pueblo de... y en una posada allí oímos que mi padre había pasado algo antes del atardecer; había observado la tormenta que se acercaba y había alquilado un caballo para el siguiente pueblo que estaba situado a una milla del mar para poder llegar allí antes de que comenzara: este pueblo estaba a cinco millas. Alquilamos una calesa aquí, y con cuatro caballos condujimos con velocidad a través de la tormenta. Mis prendas estaban mojadas y se pegaban a mí, y mi cabello colgaba en mechones lisos sobre mi cuello cuando no era soplado a un lado por el viento. Temblaba, sin embargo mi pulso estaba alto por la fiebre. ¡Gran Dios! Qué agonía soporté. No derramé lágrimas pero mis ojos salvajes e inflamados se salían de mi cabeza; apenas podía soportar el peso que presionaba mi cerebro. Llegamos al pueblo de... en poco más de media hora. Cuando mi padre había llegado la tormenta ya había comenzado, pero se había negado a detenerse y dejando su caballo allí caminó hacia el mar. ¡Ay! Fue doble crueldad en él haber elegido el mar para su fatal resolución; era añadir locura a mi desesperación.

El pobre viejo sirviente que estaba conmigo trató de persuadirme de permanecer allí y dejarle ir solo. Sacudí mi cabeza silenciosa y tristemente; enferma casi de muerte me apoyé en su brazo y, como no había camino para una calesa, arrastré mis pasos cansados a través de las colinas desoladas para encontrar mi destino, ahora demasiado seguro para la agonía de la duda. Casi desmayándome me acerqué lentamente a las aguas fatales; cuando hubimos dejado el pueblo oímos su rugido. Me susurré a mí misma con voz murmurante: «El sonido es el mismo que oí en mi sueño. Es el toque de difuntos de mi padre lo que oigo».

La lluvia había cesado; no había más truenos ni relámpagos; el viento se había detenido. Mi corazón ya no latía salvajemente; no sentía ninguna fiebre: pero estaba helada; mis rodillas se hundían

bajo mí. Casi dormía mientras caminaba por exceso de cansancio; cada miembro temblaba. Estaba en silencio: todo estaba en silencio excepto el rugido del mar que se volvía más fuerte y más terrible. Sin embargo avanzábamos lentamente: a veces pensaba que nunca llegaríamos; que el sonido de las olas nos atraería todavía, y que caminaríamos para siempre jamás: campo sucediendo a campo, nunca cesaría nuestro viaje cansado, ni noche ni día; pero todavía oiríamos el embate del mar, y para todo esto no habría fin. Salvajes más allá de la imaginación de los felices son los pensamientos engendrados por la miseria y la desesperación.

Finalmente alcanzamos la playa colgante; una cabaña estaba junto al camino; llamamos a la puerta y se abrió: la cama dentro instantáneamente atrapó mi ojo; algo rígido y recto yacía sobre ella, cubierto por una sábana; los aldeanos miraban espantados. Las primeras palabras que pronunciaron confirmaron lo que yo ya sabía. No me sentí conmocionada ni abrumada: creo que hice una o dos preguntas y escuché las respuestas. Apenas sé, pero en unos momentos caí sin vida al suelo; ¡y ojalá que entonces todo hubiera terminado!

CAPÍTULO VIII

Fui llevada al pueblo siguiente: la fiebre sucedió a las convulsiones y desmayos, y durante algunas semanas mi espíritu infeliz rondó el borde mismo de la muerte. Pero la vida era todavía fuerte dentro de mí; me recuperé: tampoco ayudó poco a mi salud retornante que mis recuerdos fueran al principio vagos, y que estuviera demasiado débil para sentir ninguna emoción violenta. A menudo me decía a mí misma: «Mi padre está muerto. Me amaba con una pasión culpable, y agujoneado por el remordimiento y la desesperación se mató. ¿Por qué es que no siento horror? ¿No son estas circunstancias espantosas? ¿No es suficiente que nunca más encontraré los ojos de mi amado padre; nunca más oiré su voz; ninguna caricia, ninguna mirada? ¡Todo frío, y rígido, y muerto! ¡Ay! Soy bastante insensible: la noche en que estuve fuera fue terrible y la lluvia fría que cayó sobre mi corazón ha actuado como las aguas de la caverna de Antiparos y lo ha convertido en piedra. No lloro ni suspiro; pero debo razonar conmigo misma, y forzarme a sentir dolor y desesperación. Esto no es resignación lo que siento, pues estoy muerta a todo pesar».

Comulgaba de esta manera conmigo misma, pero guardaba silencio ante todos a mi alrededor. Apenas respondía a la más mínima pregunta, y me sentía incómoda cuando veía una criatura humana cerca de mí. Estaba rodeada de mis parientes femeninas, pero eran todas casi extrañas para mí: no escuchaba sus consuelos; y tan poco surtían su efecto deseado que me parecían ser dichas en una lengua desconocida. Descubrí que si el dolor estaba muerto

dentro de mí, también lo estaba el amor y el deseo de simpatía. Sin embargo, el dolor solo dormía para revivir más feroz, pero el amor nunca despertó de nuevo —su fantasma, siempre rondando sobre la tumba de mi padre, sobrevivió solo— desde su muerte todo el mundo era para mí un vacío excepto donde el infortunio había estampado sus palabras ardientes diciéndome que no sonriera más: los vivos no eran compañeros aptos para mí, y estaba siempre meditando por qué medios podría deshacerme de todos ellos, y no volver a ser oída nunca más.

Mi convalecencia avanzaba rápidamente, sin embargo este era el pensamiento que me perseguía, y estaba siempre formando planes de cómo podría en adelante lograr escapar de las torturas que estaban preparadas para mí cuando me mezclara en sociedad, y encontrar esa soledad que sola podía convenir a alguien a quien un dolor no contado separaba de sus semejantes. ¿Quién puede estar más solitaria incluso en una multitud que aquella cuya historia y los sentimientos y recuerdos interminables que surgen de ella no son conocidos por ninguna alma viviente? Había un horror demasiado profundo en mi cuento para la confianza; yo era en la tierra la única depositaria de mi propio secreto. Podría contarlo a los vientos y a los páramos desiertos pero nunca debo, entre mis semejantes, ni por palabra ni mirada permitir la más pequeña conjetura de la terrible realidad: debo encogerme ante el ojo del hombre para que no lea la culpa de mi padre en mis ojos vidriosos: debo guardar silencio para que mi voz vacilante no traicione horrores inimaginados. Sobre la tumba profunda de mi secreto debo amontonar un montón impenetrable de falsas sonrisas y palabras: fraudes astutos, risa traicionera y una mezcla de todos los engaños ligeros formarían una niebla para cegar a otros y ser como el simún venenoso para mí. ¿Yo, la descendencia del amor, la hija de los bosques, la criada de la brillante Naturaleza misma iba a someterme a esto? No me atrevía.

¿Cómo debía escapar? Era rica y joven, y tenía un tutor designado para mí; y todos a mi alrededor actuarían como si yo fuera una de su gran sociedad, mientras yo debía guardar el secreto de que realmente estaba cortada de ellos para siempre. Si huía sería

perseguida; en la vida no había escape para mí: entonces debo morir. Me estremecí; no me atrevía a morir aunque la tumba fría sostenía todo lo que amaba; aunque podría decir con Job:

¿Dónde está ahora mi esperanza? Y mi esperanza, ¿quién la verá?

Bajarán a las rejas del pozo, cuando nuestro descanso juntos sea en el polvo.

Sí, mi esperanza era corrupción y polvo y todo a lo que la muerte nos lleva. O después de la vida... No, no, no me persuadiré a morir, no puedo, no me atrevo. Y entonces lloré; sí, lágrimas cálidas lucharon una vez más en mis ojos, calmantes pero amargas; y después de haber llorado mucho y llamado con angustia inútil, con los brazos extendidos, a mi padre cruel; después de que mi débil cuerpo se agotara por toda variedad de queja me hundí una vez más en el ensueño, y una vez más reflexioné sobre cómo podría encontrar lo que más deseaba; querido para mí si algo fuera querido, una soledad semejante a la muerte.

No me atrevía a morir, pero podría fingir la muerte, y así escapar de mis consoladores: ellos me creerán unida a mi padre, y así de hecho lo estaré. Pues sola, cuando ninguna voz pueda perturbar mi sueño, y ningún ojo frío encuentre el mío para frenar su fuego, entonces podré comulgar con su espíritu; en un páramo solitario, al mediodía o a medianoche, todavía estaría cerca de él. Su último mandato para mí fue que debía ser feliz; tal vez no quería decir la felicidad sombría que yo me prometía, sin embargo era esa la única que podía probar. Él no concebía que nunca más pudiera hacer yo una de los cazadores sonrientes que van corriendo tras burbujas que se rompen en nada cuando son atrapadas, y luego tras una nueva con colores más brillantes; mi esperanza también había resultado ser una burbuja, pero había sido tan encantadora, tan adornada que no veía ninguna que pudiera atraerme después de ella; además estaba cansada de la persecución, casi muerta de cansancio.

Fingiría morir; mis herederos contentos se apoderarían de mi riqueza, y yo compraría la libertad. Pero entonces mi plan debía ser

trazado con arte; no me dejaría en la indigencia, debía asegurar algún dinero. ¡Ay! ¿A qué repugnantes artimañas debía ser conducida? Sin embargo una vida entera de falsedad era de otro modo mi porción: y cuando el remordimiento por ser la artífice de cualquier engaño me hacía encogerme de mi diseño era irresistiblemente llevada de vuelta y confirmada en él por la visita de alguna tía o prima, que me diría que la muerte era el fin de todos los hombres. Y luego decir que mi padre seguramente había perdido el juicio desde la muerte de mi madre; que estaba loco y que yo era afortunada, pues en uno de sus ataques podría haberme matado en lugar de destruir su propio ser enloquecido. Y todo esto, por supuesto, era puesto delicadamente; no en palabras claras para que mis sentimientos pudieran ser heridos, sino

Susurrado así y asá

En oscura insinuación suave y baja

con ojos bajos, y sonrisas comprensivas o gimoteos; y yo escuchaba con semblante tranquilo mientras cada nervio temblaba; yo que no me atrevía a pronunciar sí o no a toda esta blasfemia. ¡Oh, esta era una vida deliciosa bastante vacía de astucia! Yo con mi mirada de paloma y corazón de zorro: pues de hecho sentía solo la degradación de la falsedad, y no ningún sentimiento sagrado de inocencia consciente que pudiera redimirla. Yo que antes me había vestido con el traje brillante de la sinceridad debía ahora pedir prestado uno de diversos colores: podría sentar torpemente al principio, pero el uso me permitiría colocarlo en pliegues elegantes, mentir con gracia. Sí, podría teñir mi alma con falsedad hasta haber ocultado completamente su color nativo. ¡Oh, padre amado! Acepta el corazón puro de tu infeliz hija; permíteme unirme a ti inmaculada como era o no reconocerás mi semblante alterado. Como el dolor pudo cambiar a Constanza así me cambiaría el engaño hasta que en el cielo dirías: «Esta no es mi hija». Padre mío, para ser feliz tanto ahora como cuando nos volvamos a encontrar debo huir de toda esta vida que es burla para alguien como yo. Solo en la soledad seré yo misma; en la soledad seré tuya.

¡Ay! Incluso ahora miro hacia atrás con disgusto a mis artificios y artimañas mediante los cuales, tras muchas luchas dolorosas, efectué mi retirada. Podría entrar en un largo detalle de los medios que usé, primero para asegurarme un leve mantenimiento para el resto de mi vida, y después para asegurar la convicción de mi muerte: podría, pero no lo haré. Incluso ahora me ruborizo por las falsedades que pronuncié; mi corazón enferma: dejaré esta complicación de lo que espero poder llamar de alguna manera engaño inocente para ser imaginado por el lector. El recuerdo me persigue como un crimen. Sé que si intentara relatarlo mi cuento quedaría finalmente inconcluso. Fui llevada a Londres, y tuve que soportar durante algunas semanas miradas frías, palabras frías y consuelos más fríos: pero escapé; intentaron atarme con grilletes que pensaban de seda, pero que pesaban sobre mí como hierro, aunque los rompí más fácilmente que una cincha formada por una sola paja y huí a la libertad.

Las pocas semanas que pasé en Londres fueron las más miserables de mi vida: una gran ciudad es una habitación espantosa para alguien que sufre. La puesta de sol y la luna suave, el bendito movimiento de las hojas y el murmullo de las aguas son todos dulces médicos para una mente destemplada. El alma se expande y bebe en quietud, una medicina calmante; para mí era como la vista de las hermosas serpientes de agua para el marinero hechizado: al amar y bendecir a la Naturaleza, sin darme cuenta, invocaba una bendición sobre mi propia alma. Pero en una ciudad todo está cerrado, cerrado como una prisión, una prisión de alambre desde la cual puedes espiar el cielo solamente. No puedo describirte cuál era la naturaleza frenética de mis sensaciones mientras residí allí; estuve a menudo al borde de la locura. No, cuando miro hacia atrás a muchos de mis pensamientos salvajes, pensamientos con los que las acciones a veces trataban de mantener el paso; cuando lanzaba mis manos alto invocando a la bóveda del cielo para que cayera sobre mí y me enterrara; cuando me arrancaba el cabello y arrojándolo a los vientos gritaba: «¡Sois libres, id a buscar a mi padre!». Y luego, como la desafortunada Constanza, atrapándolos de nuevo y

atándolos, para que nada pudiera encontrarle si yo no podía. Cómo, de rodillas, me he imaginado cerca de la tumba de mi padre y golpeado el suelo con ira porque lo cubría de mí. A menudo, cuando he escuchado con atención jadeante el sonido del océano mezclado con los gemidos de mi padre; y luego llorado hasta que mi fuerza se iba y estaba calmada y débil, cuando he recordado todo esto me he preguntado si esto no era locura. Mientras estaba en Londres estos y muchos otros pensamientos terribles demasiado desgarradores para las palabras fueron mi porción: perdí todo este sufrimiento cuando fui libre; cuando vi el páramo salvaje a mi alrededor, y la estrella de la tarde en el oeste, entonces pude llorar, llorar suavemente, y estar en paz.

No me malinterpretes; nunca estuve realmente loca. Siempre fui consciente de mi estado cuando mis pensamientos salvajes parecían llevarme a la demencia, y nunca los traicioné ante nada más que el silencio y la soledad. La gente a mi alrededor no veía nada de todo esto. Solo veían a una pobre chica quebrada en espíritu, que hablaba en voz baja y suave, y de debajo de cuyos párpados bajos a veces se escapaban lágrimas que se esforzaba por ocultar. Alguien que amaba estar sola, y se encogía ante la observación; que nunca sonreía; ¡oh, no! Nunca sonreía, y eso era todo.

Bien, escapé. Dejé la casa de mi tutor y nunca se volvió a saber de mí; se creyó por las cartas que dejé y otras circunstancias que planeé que me había destruido a mí misma. Fui buscada por tanto con menos cuidado del que de otro modo habría sido el caso; y pronto todo rastro y memoria de mí se perdió. Dejé Londres en un pequeño barco con destino a un puerto en el norte de Inglaterra. Y ahora habiendo tenido éxito en mi intento, y estando completamente sola la paz volvió a mí. El mar estaba en calma y el barco se movía suavemente hacia adelante, me senté en la cubierta bajo el dosel abierto del cielo y me pareció que era una criatura alterada. No la salvaje, delirante y desdichadísima Mathilda sino una joven Ermitaña dedicada a la reclusión y cuyo pecho debía esforzarse por mantener libre de todo tumulto y desesperación impía. El vestido fantasioso parecido al de una monja que había adoptado; el conocimiento de

que mi propia existencia era un secreto conocido solo por mí misma; la soledad a la que estaba destinada para siempre en adelante alimentaban pensamientos suaves en mi corazón herido. La brisa que jugaba en mi cabello me revivía, y observaba con ojos tranquilos los rayos del sol que brillaban en las olas, y los pájaros que se perseguían sobre las aguas apenas rozándolas con sus plumas. Dormí también sin ser perturbada por sueños; y desperté refrescada para disfrutar de nuevo mi tranquila libertad.

En cuatro días llegamos al puerto al que nos dirigíamos. No quise permanecer en la costa del mar, sino que procedí inmediatamente al interior. Ya había planeado la situación donde viviría. Sería una casa solitaria en una llanura ancha cerca de ninguna otra habitación: donde pudiera contemplar todo el horizonte, y vagar lejos sin molestia de la vista de mis semejantes. No era misantrópica, pero sentía que la corriente suave de mis sentimientos dependía de estar sola. Me establecí en una amplia soledad. En un páramo lúgubre sembrado de piedras, entre las cuales crecía hierba corta; y aquí y allá algunos juncos junto a un pequeño estanque. No lejos de mi cabaña había un pequeño grupo de pinos, los únicos árboles que se veían en muchas millas: tenía un sendero cortado a través de la aulaga desde mi puerta hasta este pequeño bosque, desde cuyas ramas más altas los pájaros saludaban al sol naciente y me despertaban a mi meditación diaria. Mi vista estaba limitada solo por el horizonte excepto en un lado donde un bosque distante hacía una mancha negra en el páramo, que por todas partes se extendía con sus matices tenues tan lejos como el ojo podía alcanzar, ancho y muy desolado. Aquí podía marcar la red de las nubes mientras se tejían en masas espesas: podía observar el lento ascenso de las pesadas nubes de trueno y podía ver la tormenta mientras era conducida a través de los cielos, o bajo los pinos podía disfrutar de la quietud del cielo azul.

Mi vida era muy pacífica. Tenía una sirvienta que pasaba la mayor parte del día en una aldea a dos millas de distancia. Mis diversiones eran simples y muy inocentes; alimentaba a los pájaros que construían en los pinos o entre la hiedra que cubría la pared de mi

pequeño jardín, y pronto me conocieron: los más audaces picoteaban las migajas de mis manos y se posaban en mis dedos para cantar su agradecimiento. Cuando hube vivido aquí algún tiempo otros animales me visitaron y un zorro venía todos los días por una porción de comida apropiada para él y permitía que le palmeara la cabeza. Tenía además muchos libros y un arpa con la cual cuando desesperaba podía calmar mis espíritus, y elevarme a la simpatía y el amor.

¡Amor! ¿Qué tenía yo para amar? Oh, muchas cosas: estaba la luz de la luna, y las estrellas brillantes; las brisas y las lluvias refrescantes; estaba toda la tierra y el cielo que la cubre: todas las formas encantadoras que visitaban mi imaginación, todos los recuerdos de heroísmo y virtud. Sin embargo esto era muy diferente a mi vida temprana aunque como entonces estaba confinada a la Naturaleza y los libros. Entonces saltaba a través de los campos; mi espíritu a menudo parecía cabalgar sobre los vientos, y mezclarse en alegre simpatía con el aire ambiente. Entonces si vagaba lentamente me animaba con una dulce canción o sueños despierta más dulces. Sentía un raptó sagrado brotar de todo lo que veía. Bebía alegría con la vida; mis pasos eran ligeros; mis ojos, claros por el amor que los animaba, buscaban los cielos, y con mi largo cabello suelto a los vientos daba mi cuerpo y mi mente a la simpatía y el deleite. Pero ahora mi caminar era lento. Mis ojos rara vez se levantaban y a menudo se llenaban de lágrimas; sin canción; sin sonrisas; sin movimiento descuidado que pudiera denotar una mente atenta a lo que la rodeaba. Estaba recogida en mí misma, una criatura solitaria y egoísta siempre meditando en mis pesares y esperanzas desvanecidas.

La mía era una vida ociosa, inútil; lo era; pero no digas al lirio postrado por la tormenta levántate, y florece como antes. Mi corazón sangraba por su herida mortal; no podía vivir de otra manera. A menudo en medio de aparente calma era visitada por la desesperación y la melancolía; tristeza que nada podía disipar o superar; un odio a la vida; una indiferencia a la belleza; todo esto por momentos me mantenía casi aniquilada por sus poderes. Nunca

por un momento cuando estaba más plácida dejé de rezar por la muerte. No podía ser encontrada en ningún estado mental que no hubiera intercambiado voluntariamente por la nada. Y mañana y tarde mis ojos llorosos elevados al cielo, mis manos apretadas con fuerza en la energía de la oración, he repetido con el poeta:

Antes de ver otro día

¡Oh, deja que este cuerpo se desvanezca!

Que no se me reproche entonces la inutilidad; creía que por el suicidio violaría una ley divina de la naturaleza, y pensaba que cumplía suficientemente mi parte al someterme a la dura tarea de soportar las horas y minutos que se arrastraban, al llevar la carga del tiempo que pesaba miserablemente sobre mí y que al abstenerme de lo que en mis momentos de calma consideraba un crimen, merecía la recompensa de la virtud. Hubo períodos, terribles, durante los cuales desesperé, y dudé de la existencia de todo deber y la realidad del crimen, pero me estremezco, y me aparto del recuerdo.

CAPÍTULO IX

Así pasé dos años. Día tras día tantos cientos se desgastaron; no trajeron cambios externos con ellos, pero algunos pocos operaron lentamente en mi mente mientras me deslizaba hacia la muerte. Comencé a estudiar más; a simpatizar más en los pensamientos de otros expresados en libros; a leer historia, y a perder mi individualidad entre la multitud que había existido antes que yo. Así quizás, a medida que la sensación de sufrimiento inmediato se

desgastaba, me volví más humana. La soledad también perdió para mí algunos de sus encantos: comencé de nuevo a desear simpatía; no es que estuviera nunca tentada a buscar la multitud, pero deseaba un amigo que me amara. Dirás quizás que gradualmente me volví apta para regresar a la sociedad. No lo creo. Pues la simpatía que deseaba debía ser tan pura, tan desprovista de influencia de circunstancias externas que en el mundo no podría fallar en ser frustrada por los materiales burdos que perpetuamente se mezclan incluso con sus mejores sentimientos. Créeme, estaba entonces menos apta para cualquier comunión con mis semejantes que antes. Cuando los dejé me habían atormentado pero era de la misma manera que el dolor y la enfermedad pueden atormentar; algo extraño a la mente que la irritaba, y que yo deseaba desechar. Pero ahora habría deseado simpatía; desearía unir mi alma a alguna de las suyas, y me habría preparado abundantes tragos de decepción y sufrimiento; pues era tierna como la sensitiva, todo nervio. No deseaba simpatía y ayuda en ambición o sabiduría, sino afecto dulce y mutuo; sonrisas para animarme y palabras suaves de consuelo. Deseaba un corazón en el que pudiera verter sin restricciones mis quejas, y por la naturaleza celestial del suelo fruto bendito podría brotar de tan mala semilla. Sin embargo, ¿cómo podría encontrar esto? El amor que es el alma de la amistad es un espíritu suave rara vez encontrado excepto cuando dos criaturas amables están unidas desde la temprana juventud, o cuando están atadas por sufrimiento y ocupaciones mutuas; llega a algunos de los elegidos sin ser buscado e inadvertidamente; desciende como rocío suave en lugares escogidos que por estériles que fueran antes se vuelven bajo su influencia benigna fértiles en todas las plantas dulces; pero cuando se desea huye; se burla de las oraciones de sus devotos; otorgará, pero no será buscado.

Sabía todo esto y no fui a buscar simpatía; pero allí en mi páramo solitario, bajo mi techo humilde donde todo alrededor era desierto, vino a mí como un rayo de sol en invierno para adornar mientras ayuda a disolver la nieve acumulada. ¡Ay! El sol brilló sobre fruto marchito; no reviví bajo su resplandor pues estaba demasiado

completamente deshecha para sentir su poder amable. Mi padre había sido y su memoria era la vida de mi vida. Podría sentir gratitud hacia otro pero nunca más podría amar o esperar como lo había hecho; todo era sufrimiento; incluso mis placeres eran soportados, no disfrutados. Era como un lugar solitario entre montañas cerrado por todos lados por precipicios negros y empinados; donde ningún rayo de calor podía penetrar; y desde el cual no había salida a campos más soleados. Y así fue que aunque el espíritu de la amistad me calmó por un tiempo no pudo restaurarme. Vino como alguna visita gentil; se fue y apenas sentí la pérdida. El espíritu de la existencia estaba muerto dentro de mí; no te sorprendas por tanto de que cuando vino no lo recibiera más alegremente, o cuando partió no lamentara más amargamente el mejor regalo del cielo: un amigo.

El nombre de mi amigo era Woodville. Relataré brevemente su historia para que puedas juzgar cuán frío debió haber sido mi corazón para no ser calentado por sus palabras elocuentes y tierna simpatía; y cómo él también siendo muy infeliz estábamos bien adaptados para ser un consuelo mutuo el uno para el otro, si yo no hubiera sido endurecida hasta la piedra por la cabeza de Medusa de la Miseria. Las desgracias de Woodville no eran del núcleo del corazón como las mías; el suyo era un dolor natural, no para destruir sino para purificar el corazón y del cual podría, cuando su sombra hubiera pasado de sobre él, brillar más brillante y feliz que antes.

Woodville era el hijo de un clérigo pobre y había recibido una educación clásica. Era uno de esos muy pocos a quienes la fortuna favorece desde su nacimiento; en quien ella otorga todos los dones de intelecto y persona con una profusión que no conocía límites, y a quien bajo su protección peculiar, ninguna imperfección por leve que fuera, o decepción por transitoria que fuera tiene permiso para tocar. Ella parecía haber formado su mente de esa excelencia que ninguna escoria puede empañar, y su entendimiento era tal que ningún error podía pervertir. Su genio era trascendente, y cuando se elevó como una estrella brillante en el este todos los ojos se volvieron hacia ella con admiración. Era un Poeta. Ese nombre ha sido tan a menudo

degradado que no transmitirá la idea de todo lo que él era. Era como un poeta de antaño a quien las musas habían coronado en su cuna, y en cuyos labios las abejas se habían alimentado. Mientras caminaba entre otros hombres parecía rodeado de un halo celestial que lo dividía de ellos y lo elevaba por encima. Era su belleza inigualable, el fuego deslumbrante de sus ojos, y sus palabras cuyos ricos acentos envolvían al oyente en asombro mudo y extático, lo que le hacía trascender a todos los demás de modo que ante él parecían solo formados para ministrar a su excelencia superior.

Era glorioso desde su juventud. Todos le amaban; ninguna sombra de envidia u odio arrojada incluso por la mente más mezquina cayó jamás sobre él. Era, como uno de los deleites peculiares de los Dioses, cercado y protegido por su propia divinidad, de modo que nada más que amor y admiración podían acercarse a él. Su corazón era simple como un niño, sin mancha de arrogancia o vanidad. Se mezclaba en la sociedad sin saber de su superioridad sobre sus compañeros, no porque se subestimara sino porque no percibía la inferioridad de los demás. Parecía incapaz de concebir la extensión completa del poder que el egoísmo y el vicio poseen en el mundo: cuando le conocí, aunque había sufrido decepción en sus esperanzas más queridas, no había experimentado ninguna que surgiera de la mezquindad y el amor propio de los hombres: su posición era demasiado alta para permitirle sufrir a través de su dureza de corazón; y demasiado baja para haber experimentado ingratitud y egoísmo invasor: es una de las bendiciones de una fortuna moderada, que al impedir al poseedor conferir favores pecuniarios le impide también sumergirse en los arcanos de la debilidad o malicia humana. Otorgar a tus semejantes es un atributo Divino. Así es de hecho y como tal no uno apto para la mortalidad; el dador, como Adán y Prometeo, debe pagar la pena de elevarse por encima de su naturaleza siendo el mártir de su propia excelencia. Woodville estaba libre de todos estos males; y si leves ejemplos se cruzaban con él no los notaba sino que pasaba en su curso como un ángel con pies alados podría deslizarse por la tierra sin ser impedido por todos esos pequeños obstáculos sobre los que nosotros de origen terrenal

tropezamos. Era un creyente en la divinidad del genio y siempre opuso una incredulidad severa a las objeciones de esos pequeños criticones y críticos menores que desean reducir a todos los hombres a su propio nivel miserable.

—Haré un símil científico —decía—, a la manera, si quieres, del Dr. Darwin. Considero los supuestos errores de un hombre de genio como las aberraciones de las estrellas fijas. Es nuestra distancia de ellas y nuestros medios imperfectos de comunicación lo que las hace parecer moverse; en verdad siempre permanecen estacionarias, un centro glorioso, dándonos una buena lección de modestia si quisiéramos recibirla así.

He dicho que era un poeta: cuando tenía veintitrés años publicó por primera vez un poema, y fue aclamado por toda la nación con entusiasmo y deleite. Su buena estrella brillaba perpetuamente sobre él; una reputación nunca antes se había hecho tan rápidamente: era universal. La multitud exaltaba los mismos poemas que formaban el asombro del sabio en su gabinete: no hubo una voz disidente.

Fue en este momento, en la cima de su gloria, cuando conoció a Elinor. Ella era una joven heredera de belleza exquisita que vivía bajo el cuidado de su tutor: desde el momento en que fueron vistos juntos parecieron formados el uno para el otro. Elinor no tenía el genio de Woodville pero era generosa y noble, y exaltada por su juventud y el amor que excitaba en todas partes por encima del conocimiento de nada más que virtud y excelencia. Era encantadora; sus modales eran francos y simples; sus profundos ojos azules nadaban en un brillo que solo podía ser dado por la sensibilidad unida a la sabiduría.

Estaban formados el uno para el otro y pronto se amaron. Woodville sintió por primera vez el deleite del amor; y Elinor estaba extasiada al poseer el corazón de uno tan hermoso y glorioso entre sus semejantes. ¿Podría fluir algo más que alegría pura de tal unión?

Woodville era un Poeta; era buscado por toda la sociedad y todos los ojos se volvían solo hacia él cuando aparecía; pero era el hijo de un clérigo pobre y Elinor era una rica heredera. Su tutor no estaba disgustado con su afecto mutuo: el mérito de Woodville era demasiado eminente para admitir objeción a causa de su riqueza inferior; pero la última voluntad de su padre no le permitía casarse antes de ser mayor de edad y su fortuna dependía de que obedeciera este mandato. Acababa de entrar en su vigésimo año, y ella y su amante se vieron obligados a someterse a este retraso. Pero estaban siempre juntos y su felicidad parecía la del Paraíso: estudiaban juntos, formaban planes de ocupaciones futuras y bebiendo amor y alegría de los ojos y palabras del otro apenas se quejaban del retraso para su unión completa. Woodville se elevaba para siempre en gloria; y Elinor se volvía más encantadora y sabia bajo las lecciones de su consumado amante.

En dos meses Elinor cumpliría veintiún años: todo estaba preparado para su unión. Cómo relataré la catástrofe de tanta alegría; pero la tierra no sería la tierra cubierta de plaga y dolor que es si a una pareja tal como estas criaturas angelicales se le hubiera permitido existir el uno para el otro: busca por todo el mundo y no encontrarás la felicidad perfecta que su matrimonio les habría hecho disfrutar; debe haber habido una revolución en el orden de las cosas tal como se establecen entre nosotros miserables habitantes de la tierra para haber admitido tal alegría consumada. La cadena de necesidad que siempre trae miseria debe haberse roto y el destino maligno que la preside no permitiría esta brecha de sus leyes eternas. ¿Pero por qué debería quejarme de esto? La miseria era mi elemento, y nada más que lo miserable podía acercarse a mí; si Woodville hubiera sido feliz nunca le habría conocido. ¿Y puedo yo, que durante muchos años fui alimentada por lágrimas, y nutrida bajo el rocío del dolor, puedo detenerme a relatar un cuento de infortunio y muerte?

Woodville se vio obligado a hacer un viaje al campo y fue detenido día tras día en una ausencia molesta de su encantadora novia. Recibió una carta de ella para decir que estaba ligeramente enferma,

pero diciéndole que se apresurara hacia ella, que de sus ojos recibiría salud y que su compañía sería su medicina más segura. Fue detenido tres días más y luego se apresuró hacia ella. Su corazón, no sabía por qué, pronosticaba desgracia; no había tenido noticias de ella de nuevo; temía que pudiera estar peor y este miedo le hacía impaciente e inquieto por el momento de contemplarla una vez más de pie ante él vestida de salud y belleza; pues una voz siniestra parecía susurrarle siempre: «Nunca más la contemplarás como era».

Cuando llegó a su habitación todo estaba en silencio en ella: se abrió paso a través de varias habitaciones; en una vio a un sirviente llorando amargamente: estaba débil de miedo y apenas pudo preguntar: «¿Está muerta?», y solo escuchó la terrible respuesta: «Todavía no». Estas palabras asombrosas cayeron sobre él como de menos importancia terrible que las que había esperado; y saber que ella todavía existía, y que todavía podía tener esperanza fue un alivio para él. Recordó las palabras de su carta y se entregó a la idea salvaje de que sus besos respirando cálido amor y vida infundirían nuevo espíritu en ella, y que con él cerca ella no podía morir; que su presencia era el talismán de su vida.

Se apresuró a su habitación de enferma; ella yacía, sus mejillas ardiendo de fiebre, aunque sus ojos estaban cerrados y estaba aparentemente sin sentido. Él la envolvió en sus brazos; imprimió besos sin aliento en sus labios ardientes; la llamó con una voz de angustia contenida por los nombres más tiernos:

—Vuelve, Elinor; estoy contigo; tu vida, tu amor. Vuelve; queridísima, me prometiste este favor, que yo te traería salud. Deja que tu dulce espíritu reviva; no puedes morir cerca de mí: ¿Qué es la muerte? ¿No verte más? ¿Separarme de lo que es una parte de mí mismo; sin quien no tengo memoria ni futuro? ¡Elinor morir! Esto es frenesí y la más miserable desesperación: no puedes morir mientras yo esté cerca.

Y de nuevo besó sus ojos y labios, y se inclinó sobre su forma inanimada en agonía, mirando su semblante todavía hermoso aunque cambiado, observando cada ligera convulsión, y color

variable que denotaba vida aún persistente aunque a punto de partir. Una vez por un momento ella revivió y reconoció su voz; una sonrisa, una última sonrisa encantadora, jugó en sus labios. Él veló junto a ella durante doce horas y luego ella murió.

CAPÍTULO X

Fue seis meses después de esta conclusión miserable de sus esperanzas largamente alimentadas que le vi por primera vez. Se había retirado a una parte del país donde no era conocido para poder entregarse pacíficamente a su dolor. Todo el mundo, por la muerte de su amada Elinor, había cambiado para él, y ya no podía permanecer en ningún lugar donde la hubiera visto o donde su imagen mezclada con las esperanzas más extáticas hubiera iluminado todo alrededor con una luz de alegría que ahora se transformaría en una oscuridad más negra que la medianoche ya que ella, el sol de su vida, se había puesto para siempre.

Vivió durante algún tiempo sin mirar nunca la luz del cielo sino ocultando sus ojos en una oscuridad perpetua lejos de todo lo que pudiera recordarle lo que había sido; pero a medida que el tiempo suavizaba su dolor, como un verdadero hijo de la Naturaleza buscó en el disfrute de sus bellezas un consuelo en su infelicidad. Llegó a una parte del país donde era completamente desconocido y donde en la soledad más profunda podía conversar solo con su propio corazón. Encontró un alivio a su dolor impaciente en las brisas del cielo y en el sonido de las aguas y los bosques. Se aficionó a montar a caballo; este ejercicio distraía su mente y elevaba sus espíritus; en un caballo veloz podía por un momento ganar respiro de la imagen que de otro modo le seguía para siempre; Elinor en su lecho de muerte, sus dulces rasgos cambiados, y el espíritu suave que la animaba desvaneciéndose gradualmente hasta la extinción. Durante muchos meses Woodville se había esforzado en vano por desechar

este terrible recuerdo; todavía colgaba de él hasta que la memoria era una carga demasiado grande para su alma cargada, pero cuando estaba a caballo el hechizo que aparentemente le ataba a esta idea se rompía; entonces si pensaba en su novia perdida la imaginaba radiante en belleza; podía oír su voz, e imaginarla «una Cazadora silvestre a su lado», mientras sus ojos brillaban al pensar que contemplaba su forma querida. Le había visto varias veces cabalgar por el páramo y me sentía enfadada de que mi soledad fuera perturbada. Hacía tanto tiempo que no había hablado con nadie más que campesinos que sentí una sensación desagradable al ser observada por alguien de rango superior. Temía también que pudiera ser alguien que me hubiera visto antes: podría ser reconocida, mis imposturas descubiertas y yo arrastrada de vuelta a una vida de peor tortura que la que había soportado antes. Estos eran miedos terribles e incluso perseguían mis sueños.

Estaba un día sentada al borde del grupo de pinos cuando Woodville pasó cabalgando. Tan pronto como le percibí me levanté repentinamente para escapar de su observación entrando entre los árboles. Mi levantamiento asustó a su caballo; se encabritó y corcoveó y el Jinete fue finalmente arrojado. El caballo entonces galopó velozmente a través del páramo y el extraño permaneció en el suelo aturdido por su caída. No estaba materialmente herido, un poco de agua fresca pronto le recuperó. Me quedé impresionada por su excesiva belleza, y mientras hablaba para agradecerme la cadencia dulce pero melancólica de su voz trajo lágrimas a mis ojos.

Una breve conversación pasó entre nosotros, pero al día siguiente se detuvo de nuevo en mi cabaña y gradualmente creció una intimidad entre nosotros. Era extraño para él ver a una mujer en extrema juventud, yo aún no tenía veinte años, evidentemente perteneciente a las primeras clases de la sociedad y poseyendo cada logro que una excelente educación podía otorgar, viviendo sola en un páramo desolado. Alguien en cuya frente la impresión del dolor estaba fuertemente marcada, y cuyas palabras y movimientos traicionaban que sus pensamientos no los seguían sino que estaban atentos a ideas muy diferentes; miserias amargas y abrumadoras.

Estaba vestida también con un hábito caprichoso parecido al de una monja que denotaba que no me retiraba a la soledad por necesidad, sino para poder entregarme a un lujo de dolor y reclusión fantasiosa.

Pronto tomó gran interés en mí, y a veces olvidaba su propio dolor para sentarse a mi lado e intentar animarme. No podía dejar de interesar incluso a alguien que se había cerrado al mundo entero, cuya esperanza era la muerte, y que vivía solo con los difuntos. Su belleza personal; su conversación que brillaba con imaginación y sensibilidad; la poesía que parecía colgar de sus labios y hacer que el aire mismo enmudeciera para escucharle eran encantos que nadie podía resistir. Era más joven, menos desgastado, más carente de pasión que mi padre y en ningún grado me recordaba a él: sufría bajo un dolor inmediato pero su influencia suave, en lugar de llamar a la acción sentimientos de otro modo dormidos, parecía solo velar lo que de otro modo habría sido demasiado deslumbrante para mí. Cuando estábamos juntos yo hablaba poco, sin embargo mi mente egoísta era a veces arrastrada por el curso rápido de sus ideas; levantaba mis ojos con brillo momentáneo hasta que recuerdos que nunca morían y rara vez dormían recurrían, y una lágrima los empañaba.

Woodville trataba siempre de llevarme a la contemplación de lo que es hermoso y feliz en el mundo. Su propia mente estaba constitucionalmente inclinada a una creencia anterior en el bien más que en el mal y este sentimiento, que debe incluso regocijar a los desesperados, siempre brillaba en sus palabras. Hablaba de los maravillosos poderes del hombre, de su estado presente y de sus esperanzas: de lo que habían sido y lo que eran, y cuando la razón ya no podía guiarle, su imaginación como si estuviera inspirada arrojaba luz sobre la oscuridad que vela el pasado y el futuro. Amaba detenerse en cuál podría haber sido el estado de la tierra antes de que el hombre viviera en ella, y cómo surgió primero y gradualmente se convirtió en la criatura extraña, complicada, pero como él decía, gloriosa que es ahora. Cubriendo la tierra con sus creaciones y formando por el poder de sus mentes otro mundo más encantador que el marco visible de las cosas, incluso todo el mundo

que encontramos en sus escritos. Una creación hermosa, decía, que puede reclamar esta superioridad sobre su modelo, que el bien y el mal se separan más fácilmente: el bien recompensado de la manera que ellos mismos desean; el mal castigado como todas las cosas malas deben ser castigadas, no por dolor que es repugnante para toda filantropía considerar sino por oscura tranquilidad, que simplemente les priva de sus cualidades dañinas; ¿por qué matar a la serpiente cuando has extraído sus colmillos?

La poesía de su lenguaje e ideas que mis palabras transmiten mal me mantenía encadenada a sus discursos. Era un placer melancólico para mí escuchar sus palabras inspiradas; captar por un momento la luz de sus ojos; sentir una simpatía transitoria y luego despertar del engaño, para saber de nuevo que todo esto era nada, un sueño, una sombra, pues no había realidad para mí; mi padre me había abandonado para siempre, dejándome solo recuerdos que establecían una barrera eterna entre mí y mis semejantes. Yo no era de hecho semejante a ninguno. Él, Woodville, lloraba la pérdida de su novia: otros lloraban las diversas formas de miseria mientras los visitaban: pero la infamia y la culpa estaban mezcladas con mi porción; pasión ilícita y detestable había vertido su veneno en mis oídos y cambiado toda mi sangre, de modo que ya no era la corriente amable que sostiene la vida sino una fuente fría de amargura corrompida en su misma fuente. Debe ser el exceso de locura lo que podría hacerme imaginar que alguna vez podría ser algo más que alguien sola; separada de la humanidad; sin tener afinidad con hombre o mujer; una desdichada sobre quien la Naturaleza había puesto su prohibición.

A veces Woodville me hablaba de sí mismo. Relataba su historia breve en felicidad y desgracia y se detenía con pasión en el amor mutuo de él y Elinor.

—Ella era —decía— la visión más brillante que jamás vino a la tierra: había algo en su semblante franco, en su voz, y en cada movimiento de su forma graciosa que me dominaba, como si fuera una criatura celestial que se dignara mezclarse conmigo en un trato

más dulce que el que el hombre hubiera disfrutado jamás antes. El dolor huía ante ella; y su sonrisa parecía poseer una influencia como la luz para irradiar toda oscuridad mental. No era como un encanto humano que estas sonrisas gentiles iban y venían; sino como un rayo de sol en un lago, ahora luz y ahora oscuro, revoloteando delante mientras te esforzabas por atraparlas, y plegarlas para siempre en tu corazón. Vi esta sonrisa desvanecerse para siempre. ¡Ay! Nunca podría haber creído que era de hecho Elinor la que moría si una vez cuando hablé no hubiera levantado sus ojos casi oscurecidos, y por un momento como nada más en la tierra, más encantadora que un rayo de sol, más leve, más rápida que el plumaje ondulante de un pájaro, deslumbrante como un relámpago y como él dando día a la noche, aunque suave y débil, esa sonrisa vino; se fue, y entonces hubo un fin de toda alegría para mí.

Así sus propios dolores, o las formas copiadas de la naturaleza que habitaban en su mente con belleza mayor que la suya propia, ocupaban nuestra charla mientras yo cercaba mis propios pesares con secreto cauteloso. Si por un momento mostraba curiosidad, mis ojos caían, mi voz se apagaba y mi evidente sufrimiento le hacía tratar rápidamente de desterrar las ideas que había despertado; sin embargo, siempre mezclaba consuelo en su charla, y trataba de suavizar mi desesperación con demostraciones de profunda simpatía y compasión.

—Ambos somos infelices —me decía—; te he contado mi cuento melancólico y hemos llorado juntos la pérdida de ese espíritu encantador que tan cruelmente me ha abandonado; pero tú ocultas tus pesares: no te pido que los reveles, pero dime si no puedo consolarte. Me parece una aventura salvaje encontrar en este desierto a alguien como tú bastante solitaria: eres joven y encantadora; tus modales son refinados y atractivos; sin embargo hay en tu melancolía establecida, y algo, no sé qué, en tus ojos expresivos que parece separarte de tu especie: te estremeces; perdóname, te lo ruego, pero no puedo evitar expresar esta vez al menos el vivo interés que siento en tu destino.

»Nunca sonrías: tu voz es baja, y pronuncias tus palabras como si tuvieras miedo del leve sonido que producirían: la expresión de dolor terrible e intenso nunca por un momento se desvanece de tu semblante. He perdido para siempre a la compañera más encantadora que cualquier hombre podría haber poseído jamás, una que más bien parece haber sido un espíritu superior que por algún extraño accidente vagó entre nosotros criaturas terrenales, que como perteneciente a nuestra especie. Sin embargo sonrío, y a veces hablo casi olvidadizo del cambio que he soportado. Pero tu triste semblante nunca se altera; tus pulsos laten y respiras, sin embargo pareces pertenecer ya a otro mundo; y a veces, por favor perdona mis pensamientos salvajes, cuando tocas mi mano me sorprende encontrar tu mano caliente cuando todo el fuego de la vida parece extinto dentro de ti.

»Cuando te miro, las lágrimas que derramas, la suave mirada de súplica con la que resistes la indagación; la profunda simpatía que tu voz expresa cuando hablo de mis dolores menores se suman a mi interés por ti. Estás aquí sin refugio. Te has arrojado de entre nosotros y te marchitas en esta llanura salvaje desamparada e indefensa: alguna calamidad terrible debe haberte sucedido. No te apartes de mí; no te pido que la reveles: solo te ruego que me escuches y te familiarices con la voz del consuelo y la bondad. Si la piedad, y la admiración, y el afecto gentil pueden apartarte de la desesperación déjame intentar la tarea. No puedo ver tu mirada de profundo dolor sin esforzarme por restaurarte a sentimientos más felices. Desarruda tu frente; relaja la severa melancolía de tu mirada; permite a un amigo, un amigo sincero y afectuoso, yo seré uno, transmitir algún alivio, alguna pausa momentánea a tus sufrimientos.

»No pienses que me entrometería en tu confianza: solo pido tu paciencia. No mires para siempre el dolor y nunca lo hables; pronuncia una palabra de queja amarga y la reprobaré con exhortación gentil y verteré sobre ti el bálsamo de la compasión. No debes cerrarme a toda comunión contigo: no me digas por qué te afliges, solo di las palabras: "Soy infeliz", y te sentirás aliviada como

si habiendo estado por algún tiempo excluida de todo trato por algún hechizo mágico entraras de repente de nuevo en el círculo de la simpatía humana. Te ruego que creas en mis profesiones más sinceras y me trates como a un viejo y probado amigo: prométeme nunca olvidarme, nunca desterrarme sin causa; sino trata de amarme como a alguien que dedicaría todas sus energías a hacerte feliz. Dame el nombre de amigo; cumpliré sus deberes; y si por un momento la queja y el dolor tomaran forma en palabras déjame estar cerca para hablar paz a tu alma vejada.

Repito sus persuasiones en términos débiles y no puedo darte al mismo tiempo el tono y gesto que las animaban. Como una lluvia refrescante en un suelo árido me revivieron, y aunque todavía mantuve su causa en secreto me llevó a derramar mis quejas amargas y a vestir mi infortunio en palabras de hiel y fuego. Con toda la energía del dolor desesperado le conté cómo había caído de una vez de la dicha a la miseria; cómo para mí no había alegría, ni esperanza; que la muerte por amarga que fuera sería el sello bienvenido a todos mis tormentos; la muerte, el esqueleto, iba a ser hermosa como el amor. No sé por qué pero encontré dulce pronunciar estas palabras a oídos humanos; y aunque me burlaba de todo consuelo, estaba complacida de ver que se me ofrecía con gentileza y bondad. Escuchaba tranquilamente, y cuando él hacía una pausa volvía a derramar mi miseria en expresiones que mostraban cuán demasiado profundas eran mis heridas para cualquier cura.

Pero ahora también comencé a cosechar los frutos de mi perfecta soledad. Me había vuelto inepta para cualquier trato, incluso con Woodville, la criatura más gentil y comprensiva que existía. Me había vuelto impertinente e irrazonable: mi carácter estaba totalmente estropeado. Le llamaba mi amigo pero veía todo lo que hacía con ojos celosos. Si no me visitaba a la hora señalada me enfadaba, muy enfadada, y le decía que si de verdad sentía interés en mí era frío, y no podía ser apto para mí, una pobre criatura desgastada, cuya profunda infelicidad exigía mucho más de lo que su corazón

mundano podía dar. Cuando por un momento imaginaba que su manera era fría le decía con malhumor:

—Estaba en paz antes de que vinieras; ¿por qué me has perturbado? Me has dado nuevas necesidades y ahora juegas conmigo como si mi corazón estuviera tan entero como el tuyo, como si no fuera en verdad un cordero esquilado arrojado a la ladera desolada, torturado por cada ráfaga. No deseaba ningún amigo, ninguna simpatía. Te evité, sabes que lo hice, pero te impusiste sobre mí y me diste esas necesidades que ves con triunfo te dan poder sobre mí. ¡Oh, el valiente poder del amargo viento del norte que congela las lágrimas que ha hecho derramar! Pero no soportaré esto; vete: el sol saldrá y se pondrá como antes de que vinieras, y me sentaré entre los pinos o vagaré por el páramo llorando y quejándome sin desear que escuches. Eres cruel, muy cruel, al tratarme a mí, que sangro por cada poro, de esta manera ruda.

Y entonces, cuando en respuesta a mis palabras malhumoradas, veía su semblante inclinado con viva piedad sobre mí, cuando le veía

Gli occhi drizzo ver me con quel sembiante

Che madre fa sopra figlioul deliro

(Paradiso. C 1.)

lloraba y decía:

—¡Oh, perdóname! Eres bueno y amable pero no soy apta para la vida. ¿Por qué estoy obligada a vivir? Para arrastrar hora tras hora, para ver los árboles agitar sus ramas inquietamente, para sentir el aire, y sufrir en todo lo que siento la agonía más aguda. Mi cuerpo es fuerte, pero mi alma se hunde bajo esta resistencia de angustia viviente. La muerte es la meta que alcanzaría, pero, ¡ay! ni siquiera veo el final del curso. Tú, mi compasivo amigo, dime cómo morir pacífica e inocentemente y te bendeciré: todo lo que yo, pobre desdichada, puedo desear es una muerte indolora.

Pero las palabras de Woodville tenían magia en ellas, cuando comenzando con la más dulce piedad, me elevaba por grados fuera de mí misma y de mis pesares hasta que me asombraba de mi propio egoísmo: pero me dejaba y la desesperación regresaba; el trabajo de consuelo siempre tenía que empezar de nuevo. A menudo deseaba su ausencia total; pues descubrí que había crecido fuera de las formas de vida y que por larga reclusión, aunque podía soportar mi dolor acostumbrado, y beber el trago amargo diario con algún grado de paciencia, me había vuelto inepta para la más leve novedad de sentimiento. La expectativa, y las esperanzas, y el afecto eran demasiado para mí. Sabía esto, pero en otros momentos era irrazonable y echaba la culpa sobre él, que era el más inocente, y con malhumor pensaba que si su alma gentil fuera más gentil, si su intensa simpatía fuera más intensa, podría expulsar al demonio de mi alma y hacerme más humana. Soy, pensaba, una tragedia; un personaje que él viene a ver actuar: de vez en cuando me da el pie para que pueda hacer un discurso más a su propósito: quizás ya está planeando un poema en el que he de figurar. Soy una farsa y juego para él, pero para mí esto es toda una lúgubre realidad: él toma todo el beneficio y yo cargo con todo el peso.

CAPÍTULO XI

Es una circunstancia extraña, pero ocurre a menudo que las bendiciones por su uso se convierten en maldiciones; y que yo, que en la soledad había deseado la simpatía como el único alivio que podía disfrutar, encontrara ahora en ella una tortura adicional. Durante la vida de mi padre siempre había tenido una disposición afectuosa y tolerante, pero desde esos días de alegría, ¡ay!, había cambiado mucho. Me había vuelto arrogante, irascible y, sobre todo, suspicaz. Aunque el interés real de mi narración ha terminado y debería concluir rápidamente su melancólica catástrofe, relataré un ejemplo de mi triste sospecha y desesperación, y cómo Woodville, con la bondad y casi el poder de un ángel, suavizó mis sentimientos ásperos y me condujo de nuevo a la gentileza.

Había prometido pasar unas horas conmigo una tarde, pero una lluvia violenta y continua se lo impidió. Estuve sola toda la velada. Había pasado dos años enteros sola sin quejarme, pero ahora me sentía miserable. «No puede importarle realmente —pensaba—, pues si así fuera, la tormenta le habría hecho venir incluso si yo no le hubiera esperado, en lugar de impedir, como hizo, una visita prometida». Él sabría bien que este cielo lúgubre y la lluvia sombría cargarían mi espíritu casi hasta la locura: si el tiempo hubiera sido bueno no habría lamentado su ausencia tan pesadamente como necesariamente debo hacerlo encerrada en esta miserable cabaña sin más compañeros que mis propios pensamientos desdichados. Si fuera verdaderamente mi amigo habría calculado todo esto; y déjame ahora calcular esta presunta amistad, y descubrir su valor

real. Superó su dolor por Elinor, y el campo se le hizo aburrido, así que se alegró de encontrarme incluso a mí para divertirse; y cuando no sabe qué más hacer pasa sus horas perezosas aquí, y llama a esto amistad. Es cierto que su presencia es un consuelo para mí, y que sus palabras son dulces, y, cuando quiere, puede verter pensamientos que me ganan de la desesperación. Sus palabras son dulces, y así, verdaderamente, es la miel de la abeja, pero la abeja tiene un agujón, y la falta de amabilidad es un dolor peor que el recibido por el veneno de un insecto. Lo pondré a prueba. Dice que toda esperanza ha muerto para él, y yo sé que ha muerto para mí, así que ambos estamos igualmente aptos para la muerte. Déjame probar si morirá conmigo; y como temo morir sola, si me acompañará para animarme, y así podrá mostrarse mi amigo de la única manera que mi miseria permitirá.

Era locura, creo, pero me obsesioné tanto con esta idea que no podía pensar en nada más. Si muere conmigo está bien, y habrá un fin para dos seres miserables; y si no lo hace, entonces me burlaré de su amistad y beberé el veneno ante él para avergonzar su cobardía. Planeé toda la escena con un corazón serio y puse mi alma frenéticamente en este proyecto. Conseguí láudano y, colocándolo en dos vasos sobre la mesa, llené mi habitación de flores y decoré la última escena de mi tragedia con el más exquisito cuidado. A medida que se acercaba la hora de su llegada mi corazón se ablandó y lloré; no es que renunciara a mi plan, pero incluso cuando está resuelta, la mente debe sufrir varias revoluciones de sentimiento antes de poder beber su muerte.

Ahora todo estaba listo y Woodville llegó. Le recibí en la puerta de mi cabaña y, conduciéndole solemnemente a la habitación, dije:

—Amigo mío, deseo morir. Estoy muy cansada de soportar la miseria que soporto a cada hora, y voy a deshacerme de ella. ¿Qué esclavo no escaparía, si pudiera, de sus cadenas? Mira, lloro: durante más de dos años nunca he disfrutado de un momento libre de angustia. A menudo he deseado morir; pero soy muy cobarde. Es duro para alguien tan joven que una vez fue tan feliz como yo

despojarse voluntariamente de toda sensación e ir sola a la tumba lúgubre; no me atrevo. Debo morir, sin embargo mi miedo me hiela; me detengo y me estremezco y luego durante meses soporto mi exceso de desdicha. Pero ahora ha llegado el momento en que puedo dejar la vida, tengo un amigo que no se negará a acompañarme en este oscuro viaje; tal es mi petición: fervientemente te ruego e imploro que mueras conmigo. Entonces encontraremos a Elinor y lo que yo he perdido. Mira, estoy preparada; ahí está el trago de la muerte, bebámoslo juntos y dejemos voluntaria y alegremente esta odiada ronda de vida diaria.

»Te apartas de mí; sin embargo, antes de negarte reflexiona, Woodville, cuán dulce sería deshacerse de la carga de lágrimas y miseria bajo la cual ahora trabajamos: y seguramente encontraremos luz después de haber pasado el valle oscuro. Esa bebida nos sumergirá en un dulce sueño, y cuando despertemos qué alegría será la nuestra al encontrar pasados todos nuestros pesares y miedos. Un poco de paciencia, y todo habrá terminado; sí, muy poca paciencia; pues, mira, ahí está la llave de nuestra prisión; la tenemos en nuestras propias manos, ¿y somos más envilecidos que los esclavos para tirarla y entregarnos a la servidumbre voluntaria? Incluso ahora, si tuviéramos valor, podríamos ser libres. Contempla, mi mejilla está sonrojada de placer ante la imaginación de la muerte; todos los que amamos están muertos. Vamos, dame tu mano, una mirada de alegre simpatía e iremos juntos a buscarlos; un viaje arrullador; donde nuestra llegada traerá dicha y nuestro despertar será el de los ángeles. ¿Te demoras? ¿Eres un cobarde, Woodville? ¡Oh, vergüenza! Desecha esa mirada vacía de melancolía humana. ¡Oh! ¡Ojalá tuviera palabras para expresar el lujo de la muerte para poder ganarte! Te digo que ya no somos mortales miserables; estamos a punto de convertirnos en Dioses; espíritus libres y felices como dioses. ¿Qué tonto en una orilla desolada, viendo una isla florida al otro lado con su amor perdido haciéndole señas desde ella, se detendría porque la ola es oscura y turbia?

¿Qué importa si el pasaje tiene algún dolor

Que hace a la carne frágil temer la ola amarga?

¿No es el dolor breve bien soportado si trae largo alivio,

Y pone al alma a dormir en tumba tranquila?

»¿Prestas atención a mis palabras? He aprendido el lenguaje de la desesperación: lo sé todo de memoria, pues yo soy la Desesperación; y un ser extraño soy, Desesperación alegre y triunfante. Pero esas palabras son falsas, pues la ola puede ser oscura pero no es amarga. Nos acostamos, y cerramos los ojos con un suave "buenas noches", y cuando despertamos, somos libres. ¡Ven entonces, no más demora, tú, tardío! ¡Contempla la poción placentera! Mira, soy un espíritu del bien, y no una doncella humana la que te invita, y con acentos ganadores (¡oh, ojalá te ganaran!) dice: Ven y bebe.

Mientras hablaba fijé mis ojos en su semblante, y su belleza exquisita, la compasión celestial que irradiaba de sus ojos, su mirada gentil pero seria de súplica y asombro incluso antes de que hablara obraron un cambio en mis sentimientos tensos, quitándome toda la dureza de la desesperación y llenándome solo con el dolor más suave. Vi sus ojos húmedos también mientras tomaba mis dos manos entre las suyas; y sentándose cerca de mí, dijo:

—Este es un acto triste al que me llevarías, queridísima amiga, y tu aflicción debe ser ciertamente profunda para poder llenarte con estos pensamientos infelices. Anhelas la muerte y sin embargo la temes y deseas que sea tu compañero. Pero tengo menos valor que tú e incluso así acompañado no me atrevo a morir. Escúchame, y luego reflexiona si debes ganarme para tu proyecto, incluso si con la elocuencia abrumadora de la desesperación pudieras hacer la negra muerte tan atractiva que el hermoso cielo pareciera oscuridad. Escucha, te lo ruego, las palabras de alguien que ha alimentado él mismo pensamientos desesperados, y anhelado con deseo impaciente la muerte, pero que al final ha pisoteado al fantasma bajo sus pies, y aplastado su aguijón. Ven, ya que has jugado a la Desesperación conmigo yo haré el papel de Una contigo y te sacaré

ilesa de su oscura caverna. Escúchame, y déjate suavizar por palabras en las que no persiste ninguna pasión egoísta.

»No sabemos qué significa todo este ancho mundo; su extraña mezcla de bien y mal. Pero hemos sido puestos aquí y se nos ha ordenado vivir y esperar. No sé qué hemos de esperar; pero hay algún bien más allá de nosotros que debemos buscar; y esa es nuestra tarea terrenal. Si la desgracia viene contra nosotros debemos luchar con ella; debemos echarla a un lado, y seguir adelante para encontrar aquello que es nuestra naturaleza desear. Si esta perspectiva de bien futuro es la preparación para otra existencia no lo sé; o si es meramente que nosotros, como obreros en la viña de Dios, debemos echar una mano para allanar el camino a nuestra posteridad. Si es de hecho eso; si los esfuerzos de los virtuosos ahora son para hacer a los futuros habitantes de este hermoso mundo más felices; si las labores de aquellos que dejan a un lado el egoísmo, y tratan de conocer la verdad de las cosas, son para liberar a los hombres de las eras, ahora lejanas pero que un día vendrán, de la carga bajo la cual los que ahora viven gimen, y como tú lloran amargamente; si los liberan aunque sea de uno solo de lo que ahora son los males necesarios de la vida, verdaderamente no fallaré sino que con toda mi alma ayudaré en la obra. Desde mi juventud he dicho: seré virtuoso; dedicaré mi vida al bien de los demás; haré todo lo posible para extirpar el mal y si el espíritu que protege el mal influyera en las circunstancias de tal modo que yo sufriera a través de mi esfuerzo, aun así, mientras haya esperanza, y esperanza siempre debe haber, de éxito, alegremente me ciño a mi tarea.

»Tengo poderes; mis compatriotas piensan bien de ellos. ¿Crees que siembro mi semilla en el aire estéril, y no tengo fin en lo que hago? Créeme, nunca abandonaré la vida hasta que esta última esperanza sea arrancada de mi pecho: que de alguna manera mis labores puedan formar un eslabón en la cadena de oro con la cual todos deberíamos esforzarnos por arrastrar a la Felicidad desde donde se sienta entronizada sobre las nubes, ahora lejos de nuestro alcance, para habitar la tierra con nosotros. Supongamos que Sócrates, o Shakespeare, o Rousseau hubieran sido presa de la

desesperación y hubieran muerto en la juventud cuando eran tan jóvenes como yo; ¿crees que nosotros y todo el mundo no habríamos perdido una mejora incalculable en nuestros buenos sentimientos y nuestra felicidad a través de su destrucción? No soy como uno de ellos; ellos influyeron en millones: pero si puedo influir aunque sea en cien, aunque sea en diez, aunque sea en un individuo solitario, de modo que de alguna manera le guíe del mal al bien, eso será una alegría que me pagará por todos mis sufrimientos, aunque se multiplicaran un millón de veces; y esa esperanza me sostendrá para soportarlos.

»Y aquellos que no trabajan para la posteridad; o trabajando, como puede ser mi caso, no serán conocidos por ello; aun así ellos, créeme, tienen también sus deberes. Tú te afliges porque eres infeliz; es la felicidad lo que buscas pero desesperas de obtenerla. Pero si puedes otorgar felicidad a otro; si puedes dar a otra persona solo una hora de alegría ¿no deberías vivir para hacerlo? Y todos tienen en su poder hacer eso. Los habitantes de este mundo sufren tanto dolor. En ciudades abarrotadas, entre llanuras cultivadas, o en las montañas desiertas, el dolor está densamente sembrado, y si podemos arrancar aunque sea una de estas malas hierbas nocivas, o más, si en su lugar podemos sembrar una semilla de maíz, o plantar una hermosa flor, que sea ese motivo suficiente contra el suicidio. No abandonemos nuestra tarea mientras haya la más mínima esperanza de que podamos en un día futuro hacer esto.

»De hecho no me atrevo a morir. Tengo una madre de quien soy el apoyo y la esperanza. Tengo un amigo que me ama como a su vida, y en cuyo pecho clavaría un aguijón mortal si ingratamente le dejara. Así que no moriré. Ni lo harás tú, amiga mía; ánimo; deja de llorar, te lo ruego. ¿No eres joven, y hermosa, y buena? ¿Por qué deberías desesperar? O si debes hacerlo por ti misma, ¿por qué por los demás? Si nunca puedes ser feliz, ¿no puedes nunca otorgar felicidad? ¡Oh! créeme, si contemplaras en labios pálidos de dolor una sonrisa de alegría y gratitud, y supieras que tú eres la madre de esa sonrisa, y que sin ti nunca habría sido, sentirías una felicidad tan

pura y cálida que desearías vivir para siempre una y otra vez para disfrutar del mismo placer.

»Ven, veo que ya has desechado los pensamientos tristes a los que antes te entregabas frenéticamente. Mírate en ese espejo; cuando llegué tu frente estaba contraída, tus ojos profundamente hundidos en tu cabeza, tus labios temblorosos; tus manos temblaban violentamente cuando las tomé; pero ahora todo es tranquilo y suave. Estás apenada y hay dolor en la expresión de tu semblante pero es gentil y dulce. Me permites tirar esta bebida maldita; sonrías; oh, Felicítame, la esperanza ha triunfado, y he hecho algún bien.

Estas palabras son sombras mientras las repito pero fueron de hecho palabras de fuego y produjeron una cálida esperanza en mí (¡yo, miserable desdichada, tener esperanza!) que hormigueó como placer en mis venas. No me dejó durante muchas horas; no hasta que hubo avivado la chispa que había encendido, y con una mano angelical fomentado el regreso de algo que parecía alegría. Me dejó pero yo seguía tranquila, y después de haber saludado al cielo estrellado y a la tierra cubierta de rocío con ojos de amor y un contento "buenas noches", dormí dulcemente, visitada por sueños, los primeros de placer que había tenido durante muchos meses largos.

Pero esto fue solo un alivio momentáneo y mis viejos hábitos de sentimiento regresaron; pues estaba condenada mientras estuviera en vida a sufrir, y al dolor natural de la muerte de mi padre y su causa más terrorífica, la imaginación añadió un peso de aflicción diez veces mayor. Me creía contaminada por el amor antinatural que había inspirado, y que era una criatura maldita y apartada por la naturaleza. Pensaba que como otro Caín, tenía una marca puesta en mi frente para mostrar a la humanidad que había una barrera entre ellos y yo. Woodville me había dicho que había en mi semblante una expresión como si perteneciera a otro mundo; así que él había visto esa señal: y allí yacía una marca lúgubre para decir al mundo que había aquello dentro de mi alma que ningún silencio podía hacer

suficientemente oscuro. ¿Por qué cuando el destino me empujó a convertirme en esta paria del sentimiento humano; este monstruo con quien nadie podría mezclarse en conversación y amor; por qué no me había ella, desde ese momento fatal y maldito, envuelto en espesas nieblas y puesto oscuridad real entre mí y mis semejantes para que nunca más pudiera ser vista?, ¿y al pasar, como una nube turbia cargada de plaga, solo pudieran percibirme por el frío escalofrío que arrojaría sobre ellos; diciéndoles, cuán verdaderamente, que algo impío estaba cerca? Entonces habría vivido en este páramo lúgubre sin visitas, y no marchitando a nadie con mi mirada profana. ¡Ay! En verdad creo que si la perspectiva cercana de la muerte no hubiera embotado y suavizado mis sentimientos amargos, si durante unos meses más hubiera continuado viviendo como entonces vivía, fuerte en cuerpo, pero mi alma corrompida hasta su núcleo por un cáncer mortal, si día tras día hubiera insistido en estos sentimientos terribles me habría vuelto loca, y me habría imaginado a mí misma una pestilencia viviente: tan horrible aparecía a mis propios pensamientos solitarios esta forma, esta voz, y todo este ser desdichado; pues ¿no había sido la fuente de una culpa que necesita un nombre?

Esto era superstición. No me sentía así de frenética cuando supe por primera vez que el sagrado nombre de padre se había convertido en una maldición para mí: pero mi vida solitaria me inspiraba pensamientos salvajes; y luego cuando veía a Woodville y día tras día él trataba de ganar mi confianza y yo nunca me atrevía a dar palabras a mi oscuro cuento, me impresionaba más fuertemente el miedo marchitador de que yo era en verdad una criatura marcada, una paria, solo apta para la muerte.

CAPÍTULO XII

Como estaba perpetuamente perseguida por estas ideas, puedes imaginar que la influencia de las palabras de Woodville fue muy temporal; y que aunque no volví a acusarle de falta de amabilidad, pronto me volví tan infeliz como antes. Poco después de este incidente nos separamos. Él oyó que su madre estaba enferma, y se apresuró hacia ella. Vino a despedirse de mí, y caminamos juntos por el páramo por última vez. Prometió que vendría a verme de nuevo; y me pidió que me animara, y que fomentara los pensamientos felices que pudiera, hasta que el tiempo y la fortaleza superaran mi miseria, y pudiera mezclarme de nuevo en la sociedad.

—Por encima de cualquier otra advertencia por mi parte —dijo—, aprecia y sigue esta única: no desesperes. Ese es el abismo más peligroso sobre el que te tambaleas perpetuamente; pero debes reafirmar tus pasos, y tomar la esperanza para guiarte. Ten esperanza, y tus heridas estarán ya medio curadas: pero si desesperas obstinadamente, nunca más habrá consuelo para ti. Créeme, mi queridísima amiga, que hay una alegría que el sol y la tierra y todas sus bellezas pueden otorgar que un día sentirás. La dicha refrescante del Amor visitará de nuevo tu corazón, y deshará el hechizo que te ata al dolor, hasta que te asombres de cómo tus ojos pudieron estar cerrados en la larga noche que te agobia. No me atrevo a esperar haberte inspirado suficiente interés para que el pensamiento en mí, y el afecto que siempre te tendré, suavicen tu melancolía y disminuyan la amargura de tus lágrimas. Pero si mi amistad puede hacerte mirar la vida con menos disgusto, ten

cuidado de cómo la dañan con la sospecha. El Amor es un duende delicado y fácilmente herido por los celos rudos. Guarda, te lo ruego, una firme persuasión de mi sinceridad en los recovecos más íntimos de tu corazón fuera del alcance de los vientos casuales que puedan perturbar su superficie. Tu carácter se vuelve desigual por el sufrimiento, y el tenor de tu mente es, temo, a veces sacudido por causas indignas; pero deja que tu confianza en mi simpatía y amor sea mucho más profunda, e incapaz de ser alcanzada por estas agitaciones que vienen y van, y si no tocan tus afectos te dejan ilesa.

Estas fueron algunas de las últimas lecciones de Woodville. Lloré mientras le escuchaba; y después de habernos despedido afectuosamente, le seguí lejos con mis ojos hasta que vieron lo último de mi consolador terrenal. Había insistido en acompañarle a través del páramo hacia el pueblo donde moraba: el sol estaba todavía alto cuando me dejó, y volví mis pasos hacia mi cabaña. Era a finales del mes de septiembre cuando las noches se han vuelto frías. Pero el tiempo estaba sereno, y mientras caminaba no caí en ensueños desagradables. Pensé en Woodville con gratitud y amabilidad y no lamenté, no sé por qué, su partida con amargura. Parecía que después de un gran golpe cualquier otro cambio era trivial para mí; y caminé preguntándome cuándo llegaría el momento en que los cuatro, mi queridísimo padre restaurado a mí, nos reuniríamos en algún dulce Paraíso. Me imaginé un río encantador como aquel en cuyas orillas Dante describe a Matelda recogiendo flores, que siempre fluye

...bruna, bruna,

Sotto l'ombra perpetua, che mai

Raggiar non lascia sole ivi, nè Luna.

Y entonces me repetí todo ese pasaje encantador que relata la entrada de Dante en el Paraíso terrestre; y pensé que sería dulce cuando vagara por esas orillas encantadoras ver el carro de luz descender con mi padre perdido hace mucho tiempo para serme

restaurado. Mientras esperaba allí en expectativa de ese momento, pensé cómo, de las hermosas flores que crecían allí, me tejería una corona y me coronaría de alegría: cantarí *sul margine d'un rio*, la canción favorita de mi padre, y que mi voz deslizándose a través del aire sin viento le anunciaría en cualquier glorieta donde se sentara esperando el momento de nuestra unión, que su hija había llegado. Entonces la marca de la miseria se habría desvanecido de mi frente, y levantaría mis ojos sin miedo para encontrar los suyos, que siempre brillaban con el suave lustre del amor inocente. Cuando reflexioné sobre la mirada mágica de esos ojos profundos lloré, pero suavemente, para que mis sollozos no perturbaran la escena de hadas.

Estaba tan completamente absorta en este ensueño que vagué, sin prestar atención a mis pasos hasta que realmente me agaché para recoger una flor para mi corona en esa llanura desolada donde no crecía ninguna flor, cuando desperté de mi sueño diurno y me encontré no sabía dónde.

El sol se había puesto y el tono rosado que las nubes habían captado de él en su descenso casi había desaparecido. Un viento barrió la llanura, miré a mi alrededor y no vi ningún objeto que me dijera dónde estaba; me había perdido, y en vano intenté encontrar mi camino. Vagué, y la oscuridad venidera hacía indistinto cada rastro por el cual pudiera guiarme. Finalmente todo quedó velado en la profunda oscuridad de la noche más negra; me cansé y sabiendo que mi sirvienta debía dormir esa noche en la aldea vecina, de modo que mi ausencia no alarmaría a nadie; y que estaba segura en este lugar salvaje de cualquier intruso, resolví pasar la noche donde estaba. De hecho estaba demasiado cansada para caminar más: el aire era frío pero me despreocupaba la incomodidad corporal, y pensé que estaba bien acostumbrada al clima durante mis dos años de soledad, cuando ningún cambio de estaciones impedía mis vagabundeos perpetuos.

Me acosté sobre la hierba rodeada por una oscuridad que ni el más mínimo rayo de luz penetraba. No había sonido pues la noche

profunda había puesto a dormir a los insectos, las únicas criaturas que vivían en el lugar solitario donde ningún árbol o arbusto podía ofrecer refugio a nada más. Había un silencio maravilloso en el aire que calmaba mis sentidos pero que animaba mi alma, mi mente corría de imagen en imagen y parecía captar una eternidad. Todo en mi corazón era sombrío pero tranquilo, hasta que mis ideas se confundieron y finalmente murieron en el sueño.

Cuando desperté llovía: ya estaba completamente mojada, y mis miembros estaban rígidos y mi cabeza mareada por el frío de la noche. Era una llovizna penetrante; como mi cabello húmedo se pegaba a mi cuello y cubría parcialmente mi rostro, apenas tuve fuerza para apartar con mis dedos los largos mechones lisos que caían ante mis ojos. La oscuridad se había disipado mucho y en el este, donde las nubes eran menos densas, la luna era visible detrás de la fina nube gris.

La luna está detrás, y llena

Y sin embargo se ve pequeña y opaca.

Su presencia me dio una esperanza de que por su medio pudiera encontrar mi hogar. Pero estaba lánguida y pasaron muchas horas antes de que pudiera llegar a la cabaña, arrastrando mis pasos lentos, y descansando a menudo en la tierra mojada incapaz de continuar.

Marco particularmente esta noche, pues fue la que ha apresurado la última escena de mi tragedia, que de otro modo podría haberse consumido a través de largos años de dolor apático. Estaba muy enferma cuando llegué y bastante incapaz de quitarme la ropa mojada que se pegaba a mí. Por la mañana, a su regreso, mi sirvienta me encontró casi sin vida, mientras poseída por una fiebre alta yacía en el suelo de mi habitación.

Estuve muy enferma durante mucho tiempo, y cuando me recuperé del peligro inmediato de la fiebre, cada síntoma de una tisis rápida se declaró. Fui durante algún tiempo ignorante de esto y pensé que mi debilidad excesiva era consecuencia de la fiebre; pero

mi fuerza se volvía cada vez menor; a medida que llegaba el invierno tenía tos; y mi mejilla hundida, antes pálida, ardía con una fiebre héctica. Uno por uno estos síntomas me golpearon; y me convencí de que el momento que tanto había deseado estaba a punto de llegar y que me estaba muriendo. Estaba sentada junto a mi fuego, el médico que me había atendido desde mi fiebre acababa de dejarme, y miré su receta en la que la digital era la medicina prominente.

—Sí —dije—, veo cómo es esto, y es extraño que me haya engañado tanto tiempo; estoy a punto de morir una muerte inocente, y será más dulce incluso que la que el opio prometía.

Me levanté y caminé lentamente hacia la ventana; el ancho páramo estaba cubierto de nieve que brillaba bajo los rayos del sol que lucía brillantemente a través del aire puro y helado: algunos pájaros picoteaban migajas bajo mi ventana. Sonreí con alegría tranquila; y en mis pensamientos, que por largo hábito se conectaban para siempre en una cadena, como si les diera forma en palabras, me dirigí así a la escena ante mí:

—¡Te saludo, hermoso Sol, y a ti, Tierra blanca, hermosa y fría! Tal vez nunca te vea de nuevo cubierta de verde, y las dulces flores de la primavera venidera florecerán en mi tumba. Estoy a punto de dejarte; pronto este espíritu vivo que siempre está ocupado entre formas e ideas extrañas, que no te pertenecen, pronto habrá volado a otras regiones y este cuerpo demacrado descansará insensible en tu seno.

Girando en el curso diurno de la tierra

Con rocas, y piedras, y árboles.

»Pues será lo mismo contigo, a quien llaman nuestra Madre Universal, cuando me haya ido. Te he amado; y en mis días tanto de felicidad como de dolor he poblado tus soledades con fantasías salvajes de mi propia creación. Los bosques, y lagos, y montañas que he amado, tienen para mí mil asociaciones; y tú, ¡oh, Sol! has sonreído sobre, y llevado tu parte en muchas imaginaciones que

brotaron a la vida en mi alma solamente, y que morirán conmigo. Vuestras soledades, dulce tierra, vuestros árboles y aguas todavía existirán, movidos por vuestros vientos, o quietos bajo el ojo del mediodía, aunque lo que he sentido sobre vosotros, y todos mis sueños que a menudo te han deformado extrañamente, morirán conmigo. Existirás para reflejar otras imágenes en otras mentes, y siempre permanecerás igual, aunque tu apariencia reflejada varíe de mil maneras, cambiante como los corazones de aquellos que te ven. Uno de estos espejos frágiles, que siempre adoró tu imagen, está a punto de romperse, desmoronarse en polvo. Pero la Naturaleza siempre prolífica creará otro y otro, y no perderás nada por mi destrucción.

»Tú siempre serás la misma. Recibe entonces el agradecido adiós de una sombra fugaz que está a punto de desaparecer, que alegremente te deja, aunque con una última mirada de afectuoso agradecimiento. ¡Adiós! Cielo, y campos y bosques; las hermosas flores que crecen en ti; tus montañas y tus ríos; al aire balsámico y al fuerte viento del norte, a todos, un último adiós. No derramaré más lágrimas pues mi tarea está casi cumplida, y estoy a punto de ser recompensada por un sufrimiento largo y de lo más gravoso. Bendice a tu hija incluso en la muerte, como yo te bendigo a ti; y déjame dormir en paz en mi tumba tranquila.

Siento que la muerte está cerca y estoy tranquila. Ya no desespero, sino que miro todo a mi alrededor con afecto plácido. Encuentro dulce observar la decadencia progresiva de mi fuerza, y repetirme a mí misma, otro día y otro más, pero de nuevo no veré las hojas rojas del otoño; antes de ese tiempo estaré con mi padre. Me alegro de que Woodville no esté conmigo pues tal vez se afligiría, y deseo ver solo sonrisas durante la última escena de mi vida; cuando le escribí por última vez le hablé de mi mala salud pero no de su tendencia mortal, para que no concibiera que era su deber venir a mí pues temo que las lágrimas de la amistad destruyan la bendita calma de mi mente. Me complace organizar todos los pequeños detalles que ocurrirán cuando yo ya no sea. En verdad estoy enamorada de la muerte; ninguna doncella tomó nunca más

placer en la contemplación de su atuendo nupcial que yo en imaginar mis miembros ya envueltos en su mortaja: ¿no es mi vestido de matrimonio? Solo él me unirá a mi padre cuando en una eterna unión mental nunca nos separaremos.

No me detendré en los últimos cambios que siento en la decadencia final de la naturaleza. Es rápida pero sin dolor: siento un extraño placer en ella. Durante largos años estos son los primeros días de paz que me han visitado. Ya no agoto mi miserable corazón con lágrimas amargas y quejas frenéticas; ya no reprocho al sol, la tierra, el aire, por el dolor y la desdicha. Espero en tranquila expectativa las horas finales de una vida que ha sido para mí dulcísima y amarga. No muero sin haber disfrutado la vida; durante dieciséis años fui feliz: durante los primeros meses del regreso de mi padre había disfrutado eras de placer: ahora de hecho he envejecido en el dolor; mis pasos son débiles como los de la vejez; me he vuelto irascible e inepta para la vida; así que habiendo pasado poco más de veinte años sobre la tierra estoy más apta para mi tumba estrecha que muchos cuando alcanzan el término natural de sus vidas.

Una y otra vez he repasado en mi recuerdo las diferentes escenas de mi corta vida: si el mundo es un escenario y yo meramente una actriz en él mi papel ha sido extraño y, ¡ay!, trágico. Casi desde la infancia fui privada de todos los testimonios de afecto que los niños generalmente reciben; fui arrojada enteramente a mis propios recursos, y disfruté de lo que casi puedo llamar placeres antinaturales, pues eran sueños y no realidades. La tierra era para mí una linterna mágica y yo una espectadora, y una oyente pero no una actriz; pero luego vino la era transportadora y reanimadora del alma de mi existencia: mi padre regresó y pude verter mis cálidos afectos en un corazón humano; hubo un nuevo sol y una nueva tierra creados para mí; las aguas de la existencia brillaban: ¡alegría! ¡alegría! pero, ¡ay! ¡qué dolor! Mi dicha fue más rápida que el progreso de un rayo de sol en una montaña, que revela sus claros y bosques, y luego la deja oscura y vacía; a mi felicidad siguió la locura y la agonía, cerrada por la desesperación.

Este fue el drama de mi vida que ahora he representado sobre el papel. Durante tres meses he estado empleada en esta tarea. La memoria del dolor ha traído lágrimas; la memoria de la felicidad un brillo cálido, la sombra viva de esa alegría. Ahora mis lágrimas están secas; el brillo se ha desvanecido de mis mejillas, y con unas pocas palabras de despedida para ti, Woodville, cierro mi obra: la última que realizaré.

Adiós, mi único amigo vivo; eres el único lazo que me ata a la existencia, y ahora lo rompo. No me causa dolor dejarte; ni puede nuestra separación darte mucho a ti. Nunca me miraste como a alguien de este mundo, sino más bien como a un ser, que por alguna penitencia fue enviado desde el Reino de las Sombras; y pasó unos días llorando en la tierra y anhelando regresar a su suelo nativo. Llorarás pero serán lágrimas de gentileza. Te diría, si pensara que disminuiría tu pesar, que sonrieras y me felicitaras por mi partida de la miseria que me viste soportar. Diría: Woodville, alégrate con tu amiga, triunfo ahora y soy muy feliz. Pero freno estas expresiones; estos no pueden ser los consuelos de los vivos; ellos lloran por su propia miseria, y no por la del ser que han perdido. No; derrama unas pocas lágrimas naturales debidas a mi memoria: y si alguna vez visitas mi tumba, arranca de allí una flor, y ponla en tu corazón; pues tu corazón es la única tumba en la que mi memoria será enterrada.

Mi muerte se acerca rápidamente y no estás cerca para observar el revoloteo y desvanecimiento de mi espíritu. No lamentes esto; pues la muerte es un objeto demasiado terrible para los vivos. Es una de esas adversidades que hieren en lugar de purificar el corazón; pues es una miseria tan intensa que endurece y embota los sentimientos. Espantoso como fue el momento en que perseguí a mi padre hacia el océano, y encontré allí solo su cadáver sin vida; aun así, por mi propio bien, preferiría eso a observar uno por uno sus sentidos desvanecerse; su pulso debilitarse, y sin dormir, por así decirlo, devorar su vida con la mirada. Ver vida en sus miembros y saber que pronto la vida ya no estaría allí; ver el aliento cálido salir de sus labios y saber que pronto estarían fríos... No continuaré

trazando este cuadro espantoso; tú sufriste esta tortura una vez; yo nunca lo hice. Y el recuerdo llena tu corazón a veces con amarga desesperación cuando de otro modo tus sentimientos se habrían derretido en suave dolor.

Así día a día me debilito, y la vida parpadea en mi forma desgastada, como una lámpara a punto de perder su aceite vivificante. Ahora contemplo el alegre sol de mayo. Fue en mayo, hace cuatro años, que vi por primera vez a mi amado padre; fue en mayo, hace tres años, que mi locura destruyó al único ser que estaba condenada a amar. Mayo ha regresado, y yo muero. Hace tres días, el aniversario de nuestro encuentro; y, ¡ay!, de nuestra separación eterna, después de un día de emoción mortal, hice que me llevaran una vez más a contemplar el rostro de la naturaleza. Hice que me llevaran a unos prados a algunas millas de distancia de mi cabaña; la hierba estaba siendo cortada, y había olor a heno en los campos; toda la tierra parecía fresca y sus habitantes felices. La tarde se acercó y contemplé la puesta de sol. Hace tres años y en ese día y hora brillaba a través de las ramas y hojas del bosque de hayas y sus rayos parpadeaban sobre el semblante de aquel a quien entonces contemplé por última vez. Ahora vi ese orbe divino, dorando todas las nubes con esplendor inusitado, hundirse tras el horizonte; desapareció de un mundo donde aquel a quien buscaría no existe; se acercó a un mundo donde él no existe. ¿Por qué lloro tan amargamente? ¿Por qué mi corazón se agita con vano esfuerzo por desechar la angustia amarga que lo cubre «como las aguas cubren el mar»? Me voy de este mundo donde él ya no está y pronto me reuniré con él en otro.

Adiós, Woodville, el césped pronto reverdecerá sobre mi tumba; y las violetas florecerán en ella. Allí está mi esperanza y mi expectativa; las tuyas están en este mundo; que se cumplan.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB